

**LA RENOVACION CARISMATICA,
"UN PENTECOSTES HOY"**



RENOVACION CARISMATICA

SALVADOR CARRILLO ALDAY, M. Sp. S.

**La Renovación
Carismática,
“un Pentecostés hoy”**

RENOVACION CARISMATICA

Con las debidas licencias

Impresor: Talleres Gráficos Pía Sociedad de San Pablo
Avda. Vicuña Mackenna 10.777 (La Florida), Santiago de Chile
Noviembre de 1994
Impreso en Chile - Printed in Chile

Presentación

El porqué de este libro

1. Desde hace ya varios años, la Oficina Internacional de la Renovación Carismática Católica (ICCRO) venía sintiendo la necesidad de solicitar de la Santa Sede un “*reconocimiento pontificio*”.

Después de un lento y riguroso trabajo, realizado por miembros de ICCRO y avalado con el apoyo de algunos Obispos y Cardenales, fueron presentados a la Santa Sede los “Estatutos de ICCRO”.

Dichos Estatutos fueron examinados por varios cano-nistas y teólogos del Vaticano; y, después de haber incor-porado las debidas observaciones, fueron aprobados el 8 de julio de 1993, con el título: “ESTATUTOS DEL SER-VICIO INTERNACIONAL DE LA RENOVACION CA-RISMATICA CATOLICA”.

Finalmente, el 14 de septiembre de 1993, en la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, la Santa Sede, a través del Pontificio Consejo para los Laicos, emanó un “DE-CRETO” reconociendo a ICCRS (Servicio Internacional de la Renovación Carismática Católica) como “*un cuerpo para la promoción de la Renovación Carismática Católi-ca, con una personalidad jurídica*”, según el Cànnon 116 del Código de Derecho Canónico (Pontificium Consilium pro Laicis. 1565 / 93 AIC-73).

2. Los Estatutos del Servicio Internacional de la Renovación Carismática Católica (ICCRS) están precedidos por un importante *Preámbulo*, dividido en dos secciones.

- a) En la primera sección, el *Preámbulo* dice lo que no es la RCC, describe luego lo que ella es y, en tercer lugar, enumera la “*experiencia fundamental*” y los “*cinco objetivos centrales de la Renovación Carismática*”, llamada también “*Renovación Pentecostal Católica*”.
- b) En la segunda sección se describe la naturaleza, metas y objetivos propios de ICCRS.

A continuación reproduciremos el texto completo de este *Preámbulo*. Sin embargo, para la Renovación Carismática a nivel internacional es de particular interés *la primera sección del Preámbulo*, pues allí se manifiesta claramente lo que para la Santa Sede es y significa la Renovación Carismática en la Iglesia Católica.

A esta primera sección del *Preámbulo* de los Estatutos de ICCRS, queremos dedicar algunos Comentarios.

PRIMERA PARTE

DOCUMENTO

**El Pontificio Consejo para los Laicos
y la Renovación Carismática**

ESTATUTOS
DEL SERVICIO INTERNACIONAL
DE LA RENOVACION CARISMÁTICA
CATÓLICA (ICCRS)

Preámbulo

I

La Renovación Carismática

- I. La Renovación CARISMÁTICA CATÓLICA es un movimiento mundial, pero no uniforme, ni unificado. No tiene un fundador particular, ni un grupo de fundadores como muchos otros movimientos. No tiene listas de miembros participantes.*

- II. La Renovación es una reunión muy diversa de individuos, grupos y actividades, con frecuencia del todo independientes unos de otros, en diferentes grados y modos de desarrollo y con diversos énfasis; y sin embargo, participan de la misma experiencia fundamental y persiguen los mismos objetivos generales.*

Este modelo de relaciones sumamente flexibles se encuentra a nivel diocesano y nacional, como también a nivel internacional. Tales relaciones se caracterizan muy frecuentemente por su libertad de asociación, diálogo y colaboración, más que por su integración o por una estructura organizada.

El liderazgo se caracteriza más que como gobierno, como un ofrecimiento de servicio para aquellos que lo desean.

III. Los objetivos centrales de la Renovación Carismática Católica o Renovación Pentecostal Católica, como también se la llama, consisten en:

1º Promover una conversión personal, madura y continua, a Jesu-Cristo, nuestro Señor y Salvador.

2º Propiciar una apertura decisiva hacia la persona del Espíritu Santo, su presencia y su poder.

Con frecuencia, estas dos gracias espirituales se experimentan a la vez en lo que se llama, en diferentes partes del mundo,

*“Un bautismo en el Espíritu Santo”,
o “un dejar actuar libremente al Espíritu Santo”,
o “una renovación del Espíritu Santo”.*

Ordinariamente por ello se entiende una aceptación personal de las gracias de la iniciación cristiana y un recibir fuerza para poder realizar el propio servicio personal en la Iglesia y en el mundo.

3º Fomentar la recepción y el uso de los dones espirituales (carismas), no solamente en la Renovación

carismática sino también en la Iglesia entera. Estos dones, ordinarios y extraordinarios, se encuentran abundantemente en laicos, religiosos y clérigos. Su justa comprensión y uso correcto, en armonía con otros elementos de la vida de la Iglesia, son una fuente de fuerza para los cristianos en su camino hacia la santidad y en el cumplimiento de su misión.

4º Animar la obra de evangelización en el poder del Espíritu Santo, incluyendo la evangelización de quienes no pertenecen a la Iglesia, la re-evangelización de cristianos de nombre, la evangelización de la cultura y de las estructuras sociales. La Renovación promueve especialmente la participación en la misión de la Iglesia, proclamando el evangelio con palabras y obras, y dando testimonio de Jesu-Cristo mediante la vida personal y aquellas obras de fe y justicia a las que cada uno está llamado.

5º Impulsar el crecimiento progresivo en santidad, a través de la correcta integración de estos dones carismáticos con la vida plena de la Iglesia. Esto se realiza mediante la participación en una rica vida sacramental y litúrgica, el aprecio por la tradición de la oración y espiritualidad católicas, la progresiva formación en la doctrina católica guiada por el Magisterio de la Iglesia, y la participación en el plan pastoral de la Iglesia.

Los objetivos y los proyectos que de allí dimanaban han marcado a la Renovación Carismática Católica en los individuos, los grupos de oración, las comunidades, los equipos de servicio locales, diocesanos y nacionales, y los ministerios.

II

Consejo y Servicio Internacional

Para responder a las necesidades de comunicación, cooperación y coordinación, fue necesario crear en 1978 un Consejo y una Oficina internacionales bajo la dirección del Cardenal Leon Joseph Suenens, quien fue nombrado por el Papa Pablo VI como Asistente Episcopal para la Renovación a nivel internacional. El Consejo se constituyó con líderes de todo el mundo y la Oficina se estableció primero en Bruselas y más tarde en Roma. El 23 de mayo de 1984 el Papa Juan Pablo II nombró al Obispo Paul J. Cordes como su representante ante el Consejo y sucesor del Cardenal Suenens.

Desde 1978 el Consejo ha desarrollado una actividad internacional que realiza un doble servicio: por un lado promueve la comunicación y la cooperación entre los organismos de la Renovación a nivel nacional, y por otro sirve de canal de comunicación y cooperación entre la Renovación Internacional y la Santa Sede. Esta organización debe conocerse como ICCRS, "Servicio Internacional de la Renovación Carismática Católica".

ICCRS es una organización que busca impulsar la Renovación Carismática en la Iglesia Católica a nivel mundial. Esta institución está formada por un Consejo internacional que comparte y establece las características fundamentales, objetivos y proyectos, a través de una Oficina localizada en Roma, responsable de llevar a cabo las decisiones del Consejo.

Para lograr la realización de sus objetivos y proyectos, ICCRS ofrece a la Renovación mundial ayuda y servicio. La sabiduría, conocimiento profundo y experiencias que ICCRS obtiene de todo el mundo, los pone a disposición de la Renovación mundial. Cuando ICCRS ofrece enseñanza, servicio pastoral, dirección o entrenamiento local, lo hace como un servidor que ofrece ayuda, no como una autoridad que espera obediencia.

ICCRS, en su relación con grupos nacionales o locales de la Renovación Carismática, desea subrayar que su cometido es de servicio. Tiene, por tanto, una autoridad de servicio y cierta autoridad moral. ICCRS no busca imponer su autoridad sino ofrecer sus servicios.

La relación entre ICCRS y las expresiones nacionales o locales de la Renovación, de ninguna manera limita la relación entre los grupos de la Renovación con sus obispos locales o nacionales. La relación con ICCRS de ninguna manera limita la libertad individual o de grupos de la Renovación para relacionarse con la Santa Sede.

SEGUNDA PARTE

COMENTARIOS

I

Qué no es la Renovación Carismática

“La Renovación Carismática Católica es un movimiento mundial, pero no uniforme, ni unificado. No tiene un fundador particular, ni un grupo de fundadores como muchos otros movimientos. No tiene listas de miembros participantes”.

REFLEXIONES

El Documento de ICCRS afirma desde luego que la Renovación Carismática es un *“Movimiento Mundial”*. En efecto, a partir del año 1967, la Renovación, llamada aquí “movimiento”, en cuanto que es un grupo religioso social identificable, se ha propagado como fuego sobre paja, llegando a los cinco continentes.

Se la encuentra en los rincones más apartados de la tierra, ya se trate del oriente como del occidente, del norte como del sur. En Ushuaia, por ejemplo, que es la ciudad más austral del globo terrestre, en la isla Tierra del Fuego, en Argentina, se encuentra una pequeña comunidad de Renovación Carismática.

En el saludo que el señor Charles Whitehead, presidente de ICCRS, dirigió al Santo Padre en septiembre de 1993, aludía a la existencia de la Renovación Carismática en unos 125 países, con un total aproximado de sesenta millones de participantes.

Después de afirmar la extensión mundial de la Renovación, el Documento expone en tres proposiciones lo que no es la Renovación Carismática:

- No es un movimiento uniforme, ni unificado.
- No tiene fundador, ni grupo de fundadores.
- No tiene listas de miembros participantes.

En efecto, la Renovación Carismática, teniendo un núcleo común en todas partes, sin embargo, presenta numerosas fisonomías; y en esa forma, no se puede hablar de *"un único y unificado movimiento mundial"* ("Is not a single, unified worldwide movement").

No tiene ni fundador, ni grupo de fundadores como otros movimientos, pues fue el Espíritu Santo quien la hizo nacer en la Iglesia de una manera espontánea, en el deseo y en la expectativa de una experiencia de Pentecostés, por los años 1966 - 1967, en Pittsburgh (Pennsylvania), USA.

Siguiendo esa misma línea, la Renovación Carismática se infiltra de ordinario insensiblemente a través de una o varias personas que, habiendo tenido contacto con la Renovación en algún sitio y en tal o cual ocasión, cuentan a algunas personas la experiencia tenida.

Después de una primera comunicación informal de esa experiencia, se forma de pronto un grupo de oración que con frecuencia crece rápidamente, dando origen a una comunidad de Renovación, en la que van aparecien-

do –muchas veces más allá de las propias expectativas– carismas del Espíritu Santo.

Esta forma tan flexible de cómo nacen los grupos de Renovación explica fácilmente y hace comprender que no es posible tener listas exactas de miembros participantes.

La Renovación Carismática, pues, se extiende y penetra como el agua o el aceite, con gran pluralismo de expresiones. En resumen, la Renovación, desde sus principios, ha crecido, se ha extendido y se ha desarrollado, gracias a la acción discreta pero soberana del Espíritu Santo.

Su Santidad Juan Pablo II decía a los participantes de la Sexta Asamblea Internacional de la Renovación Carismática, el 15 de mayo de 1987:

“El vigor y los frutos de la Renovación ciertamente dan testimonio de la presencia poderosa del Espíritu Santo en la Iglesia durante estos años que han seguido al Concilio Vaticano II. Por supuesto que el Espíritu Santo ha guiado a la Iglesia en toda época, distribuyendo una gran variedad de dones entre los fieles. Gracias al Espíritu, la Iglesia conserva constantemente su juventud y su vitalidad. Y la Renovación Carismática es una manifestación elocuente de esa vitalidad hoy, una afirmación vigorosa de lo que *“el Espíritu está diciendo a las Iglesias”* (Ap 2, 7), mientras nos acercamos al final del segundo milenio”.

La Renovación tampoco tiene un centro de gobierno, ya sea internacional o nacional. La Renovación nace en la Iglesia y de la Iglesia; por tanto, su pertenencia natural es a la parroquia y a la diócesis. En consecuencia, la Renovación debe entrar en la organización del plan pas-

toral parroquial y diocesano, y colaborar en la pastoral de conjunto con el ejercicio de los propios carismas que Dios le ha otorgado.

De aquí brota, por otra parte, la necesidad urgente de que los obispos y los sacerdotes asuman una verdadera responsabilidad de pastoreo en la Renovación Carismática. Es cierto que no ha dependido de ellos la aparición de esos grupos, pero quien los ha suscitado en la Iglesia es el mismo Espíritu Santo que los ha puesto a ellos para conducirla y pastorearla.

Es también verdad que la Renovación, a causa de la manifestación de algunos carismas inesperados, de sus formas externas de oración espontánea y comunitaria, de sus particulares experiencias de Dios, frecuentemente desconcierta a los responsables de la Iglesia, y éstos sienten el deseo de controlar o inclusive de apagar ese fuego. Sin embargo, el Santo Padre Juan Pablo II ha hablado con frecuencia del insustituible papel que en la Renovación Carismática compete a los obispos y sacerdotes (A los Líderes de la Renovación, 7 de mayo de 1981).

La Renovación espera de ellos su conducción pastoral, traducida en orientaciones seguras, impulsos positivos, e inclusive amonestaciones fraternas cuando fuere necesario; espera la comunicación de la doctrina de la fe en la Escritura y en el Magisterio de la Iglesia; y espera sus servicios insustituibles en la vida litúrgica y sacramental, particularmente para la celebración de la Eucaristía y de la Reconciliación.

II

Qué es la Renovación Carismática

“La Renovación es una reunión muy diversa de individuos, grupos y actividades, con frecuencia del todo independientes unos de otros, en diferentes grados y modos de desarrollo y con diversos énfasis; y, sin embargo, participan de la misma experiencia fundamental y persiguen los mismos objetivos generales”.

“Este modelo de relaciones sumamente flexibles, se encuentra a nivel diocesano y nacional, como también a nivel internacional. Tales relaciones se caracterizan muy frecuentemente por su libertad de asociación, diálogo y colaboración, más que por su integración o por una estructura organizada”.

“El liderazgo se caracteriza más que como gobierno, como un ofrecimiento de servicio para aquellos que lo desean”.

REFLEXIONES

1. La Renovación nació al impulso soberano del Espíritu Santo que le dio vida. No teniendo ni fundador ni fundadores, la Renovación en el Espíritu no se rige por determinados estatutos únicos, de valor común y univer-

sal. Los grupos de Renovación nacen en la Iglesia y de la Iglesia, y brotan por todas partes con tal espontaneidad, que causan, a los ojos de una fe iluminada, una sorprendente admiración, que a veces llega a cierto desconcierto.

2. Esto explica el que exista una múltiple diversidad de individuos y de grupos, con mucha frecuencia independientes unos de otros. Como consecuencia normal, el crecimiento y el desarrollo de los mismos no son homogéneos, ni pueden serlo. Además, en los diferentes grupos se pueden fácilmente detectar diversos acentos y características, lo mismo que la inclinación a variadas actividades.

3. Los grupos de Renovación Carismática se relacionan entre sí no tanto por una integración y estructura organizada —que llegaría en algunos casos a ser hasta nociva, pues se correría el peligro de apagar auténticas iniciativas suscitadas por el Espíritu—, sino por una amplia libertad de asociación, diálogo, amistad y colaboración mutua, reconociéndose, sin embargo, hermanos en el espíritu por la participación *“en una misma experiencia fundamental y en unos mismos objetivos generales”*.

4. Esta gran diversidad se da en todos los niveles: internacional, nacional y diocesano. De aquí se desprende una interesante complejidad en los grupos de Renovación, que puede ser a la vez fuente de riqueza o causa de rivalidades peligrosas. Hay que ser muy conscientes de este fenómeno, a fin de buscar y encontrar los senderos adecuados para caminar en la unidad y en la diversidad, siguiendo las mociones del Espíritu.

5. Es un hecho claro y evidente que de la Renovación Carismática han brotado y seguirán brotando innumerables iniciativas de vida y de acción apostólicas, a ve-

ces con una pujanza muy notable. Cada uno siente que su proyecto se debe a una verdadera inspiración del Espíritu de Dios. Por nuestra parte creemos que en numerosos casos eso es una gran realidad.

Lo que urge en estas circunstancias es una doble comprensión:

1º Que los responsables de la Renovación –a nivel nacional, diocesano o parroquial– sean conscientes de que el Espíritu Santo tiene libertad de hacer surgir las obras que a él le plazca. En esa forma, cuando aparezcan nuevos grupos con características e iniciativas propias, no se sentirán inquietos como si grupos de personas se les escaparan de las manos. Por otra parte, no es bueno que estos grupos vivan aislados, sino que deben recurrir a la autoridad del Obispo del lugar para darse a conocer y presentar su identidad.

2º Que las nuevas agrupaciones no olviden que, de una u otra forma, nacieron de la Renovación; que no pierdan lo específico que Dios ha dado a la Renovación, como es el vivir un nuevo Pentecostés, recibiendo “un bautismo en el Espíritu Santo”, y que mantengan una cierta relación fundamental que los lleve a comunicarse y a compartir como hermanos con los demás miembros de la Renovación, mostrando esa comunión de origen, por ejemplo, mediante la asistencia a ciertos eventos generales de la gran familia renovada.

Todo este conjunto de realidades diversas van formando un reto y desafío pastorales en la nación, en la diócesis, y en las parroquias. El obispo y los sacerdotes, como ya lo hemos dicho, por su carisma singular, son in-

sustituibles en la Iglesia. Por tanto, deben tener una enorme capacidad de comprensión para descubrir, captar y acoger las iniciativas del Espíritu Santo.

6. Finalmente, el Documento subraya que en la Renovación Carismática el liderazgo debe caracterizarse más como un ofrecimiento de servicio, que como un ejercicio de gobierno y de poder. Esta cláusula es sumamente importante, pues encierra un espíritu evangélico de primera calidad, que da un parecido al servicio prestado por Jesús, el cual no vino a ser servido, sino a servir; y no a ser señor, sino siervo y esclavo de todos (cf Mc 10, 42-45; Jn 13, 13-15).

A este propósito hay que ser honestos y mencionar un escollo en el que fácilmente los líderes de la Renovación pueden caer a menudo o de hecho han caído, y es “el perpetuarse en los cargos”. Esta especie de plaga, de ambición de poder o de engreimiento en el mismo, tiene como consecuencia que los grupos vayan perdiendo lentamente su fuego, su capacidad de iniciativa y de búsqueda, su ardor, su aire de juventud, su vida, dominados consciente o inconscientemente por el cansancio y el statu quo en que poco a poco se van situando los dirigentes. Tal vez el primer remedio a este mal es fijar y respetar, mediante estatutos claros y precisos, los tiempos normales de cambio en los ministerios de cada comunidad carismática.

III

Renovación Carismática Católica, Renovación Pentecostal Católica

En el Documento del Pontificio Consejo para los Laicos, a la Renovación Carismática se le llama también "Renovación Pentecostal Católica".

REFLEXIONES

El título "*Renovación Pentecostal Católica*" es muy sugestivo y de gran significación, pues responde a los deseos profundos de quienes estuvieron en los orígenes de la propia Renovación Carismática. En efecto, ésta nació del anhelo y la esperanza de que el Señor realizara en nuestro días, en vista de la renovación profunda de la Iglesia, lo que sucedió en el primer Pentecostés. En otras palabras, la Renovación surgió de la expectativa de un Pentecostés actual. Por eso, la Renovación se puede definir en forma sintética como "*Un Pentecostés hoy*".

La Iglesia necesita, en palabras de S.S. Juan XXIII, "*como un nuevo Pentecostés*". Según el pensamiento de

S.S. Pablo VI, la gran necesidad de la Iglesia de hoy es el Espíritu Santo; la Iglesia necesita su "*perenne Pentecostés*". Y S.S. Juan Pablo II ha expresado recientemente el mismo deseo y el mismo anhelo: la necesidad de "*un nuevo Pentecostés*" para el mundo, en los umbrales del siglo XXI.

Siendo así, la Renovación Carismática aparece como una respuesta, entre muchas otras, a las plegarias de la Iglesia que quiere renovarse bajo la acción poderosa del Espíritu Santo.

Pero de inmediato y espontáneamente surge una pregunta: Y, ¿qué fue Pentecostés? ¿En qué consistió la gracia de esa primera efusión del Espíritu Santo? Y, ¿qué hacer para que lo que sucedió entonces pueda también acontecer hoy?

Pentecostés fue, ante todo, "*el bautismo en el Espíritu Santo, el bautismo en el fuego del Espíritu*", que Jesús había prometido a sus Apóstoles el día en que subió hacia a su Padre: "*Seréis bautizados en el Espíritu Santo... Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra*" (Hch 1, 5. 8; cf Lc 3, 16).

Este "bautismo en el Espíritu Santo", de los Apóstoles, consistió, ante todo, en recibir la persona misma del Espíritu divino, como un regalo del Padre a través de Cristo glorificado. Fue el Don del Espíritu Santo.

Pero también consistió en recibir de ese mismo Espíritu, presente ya en el corazón de los discípulos, innumerables gracias y dones. Pentecostés fue, así, no solamente una gran gracia, sino un conjunto de gracias, dones y carismas del Espíritu Santo.

De estas gracias recordemos principalmente ocho:

- 1ª El don del mismo Espíritu Santo, la Promesa del Padre.
- 2ª Un encuentro vivo y palpitante con Cristo glorificado.
- 3ª Una profunda transformación interior en los Apóstoles.
- 4ª Una efusión de numerosos carismas para construir la Iglesia.
- 5ª Una nueva lectura y comprensión profunda de las Escrituras.
- 6ª El descubrimiento de los sacramentos de la iniciación cristiana.
- 7ª El nacimiento de la Iglesia en torno a María, la Madre de Jesús.
- 8ª El anhelo evangelizador para dar a conocer a Jesús por todo el mundo.

Estas gracias tienen que actualizarse en los miembros de la “Renovación Carismática” para que ésta cumpla su misión en el mundo y en la Iglesia, y sea verdaderamente una realidad eficaz y operante, una auténtica “Renovación Pentecostal”.

Ahora bien, las gracias de Pentecostés fueron y son para toda la Iglesia; para la Iglesia de todos los tiempos; para la Iglesia de nuestros días; para mi Iglesia particular; ¡para mí, que soy Iglesia! Nadie tiene el monopolio de Pentecostés, ni del Espíritu Santo.

Por tanto, la Renovación Carismática no debe encerrarse en sí misma, sino que tiene que abrirse en fecun-

da acción apostólica. La Renovación no intenta comunicar ni riquezas propias ni una espiritualidad particular exclusiva; su misión es despertar, en sus propios miembros y también en todos los demás grupos de la Iglesia, la conciencia de la necesidad urgente de un nuevo Pentecostés, y suscitar el deseo de "un bautismo en el Espíritu Santo" para el mundo entero.

IV

Experiencia Fundamental y Objetivos de la Renovación Carismática

El Documento de la Santa Sede menciona, como características propias de la Renovación Carismática, una *“misma experiencia fundamental”* y cinco *“objetivos generales”* comunes. Pero, antes de hablar de la experiencia fundamental, trata de los dos primeros objetivos; y es a propósito de éstos cuando hace alusión a esa experiencia fundamental, llamada *“un bautismo en el Espíritu Santo”*.

He aquí el esquema, que también seguiremos en los comentarios:

1º *Promover una conversión personal a Jesu-Cristo nuestro Señor.*

2º *Propiciar una apertura decisiva al Espíritu Santo.*

Es aquí donde el Documento trata de la experiencia fundamental, a la que llama de tres maneras:

“Con frecuencia estas dos gracias espirituales se experimentan a la vez en lo que se llama, en diferentes partes del mundo:

- “un bautismo en el Espíritu Santo”,*
- o “un dejar actuar libremente al Espíritu Santo”,*
- o “una renovación del Espíritu Santo”.*

- 3º *Fomentar la recepción y el uso de los carismas del Espíritu.*
- 4º *Animar la obra de la evangelización en el poder del Espíritu Santo.*
- 5º *Impulsar un crecimiento progresivo en santidad.*

PRIMER OBJETIVO

Una conversión personal a Jesu-Cristo

“Promover una conversión personal, madura y continua, a Jesu-Cristo, nuestro Señor y Salvador”.

REFLEXIONES

Esta “conversión personal” puede ser descrita también como un “nuevo encuentro con Cristo resucitado”.

En efecto, el primer fruto que el Espíritu Santo con su misteriosa acción produjo en el corazón de los Apóstoles, el día de Pentecostés, fue un encuentro nuevo, vivo y palpitante, con Jesús de Nazaret; al cual, después de haber muerto crucificado, Dios lo había resucitado con su poder, y ahora se encuentra glorificado a la diestra del Padre (Hch 2, 32-33).

El Espíritu Santo les hizo “conocer” de una manera nueva —como nunca antes lo habían conocido— a Jesús. Tuvieron una experiencia inmediata, actual, profunda y diferente de El, y se le entregaron plenamente, dándole la propia vida hasta la muerte.

Intuyeron y comprendieron, a la luz del Espíritu, lo que significaba la afirmación tantas veces escuchada de labios del Maestro: que él era “*el Hijo de Dios*”, y que Dios era “*su Padre*”; y que les enviaría al “*Paráclito, el*

Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad". El misterio de Dios, uno y trino a la vez, el misterio de la Santísima Trinidad, fue descubriéndose poco a poco ante sus mentes esclarecidas con la luz del Espíritu de la Verdad.

Asimismo, recibieron del Espíritu Santo un esclarecimiento muy profundo del misterio de la pasión de Jesús, que dio su vida en la cruz –víctima de expiación por los pecados de toda la humanidad–, para salvación del mundo entero.

En la Renovación Carismática es necesario propiciar ese "encuentro nuevo con Cristo", a la manera como lo tuvieron los Apóstoles en Pentecostés; es preciso procurar una "conversión personal", que lleva consigo dejar todo aquello que se opone a una entrega total de todo el ser a Jesús. Para ello se requiere conocer que Jesús es nuestro Salvador, nuestro Cristo, nuestro Señor (Lc 2, 11).

Ahora bien, esa conversión personal y radical no puede ser obra de un solo día, sino que debe ser constante y continua, y tiene que ir madurando más y más. Será la tarea de cada día, a través de toda la vida.

SEGUNDO OBJETIVO

Una apertura decisiva al Espíritu Santo

“Propiciar una apertura decisiva hacia la persona del Espíritu Santo, su presencia y su poder”.

REFLEXIONES

Esta afirmación trata de una doble apertura que hay que valorar suficientemente: 1º) una apertura a la persona misma del Espíritu Santo; y 2º) una apertura a su acción soberana y a su dinamismo divino.

1. La primera gracia de Pentecostés fue el don del Espíritu Santo como persona: *“¡Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte, permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de Poder desde lo Alto!”* (Lc 24, 49).

El título *“La Promesa de mi Padre”*, con que Jesús designa al Espíritu Santo (Lc 24, 49; Hch 1, 5), se deriva tal vez del texto del profeta Ezequiel, donde anuncia y promete que, finalmente, en los tiempos mesiánicos Dios infundirá su Espíritu: *“Infundiré mi Espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas”* (Ez 36, 27).

Este texto máximo de la Escritura fue comentado más tarde por el profeta Joel (Jl 3, 1-5) y retomado fi-

nalmente por san Lucas en el testimonio de Pedro para explicar el misterio de Pentecostés: “*Y sucederá que, en los últimos días, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne...*” (Jl 3, 1; Hch 2, 17).

A partir del primer instante de la efusión del Espíritu en Pentecostés –comenta el Catecismo de la Iglesia Católica–, se abre para el mundo una nueva era: es “*el tiempo del Espíritu*” (Cat. Igl. Cat., 672). El Espíritu Santo toma posesión nueva y diferente del hombre, y con su venida –que no cesa– hace entrar al mundo en los “últimos tiempos”, el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado pero todavía no consumado (Cat. Igl. Cat., 732).

2. Llenos del Espíritu Santo, abiertos y entregados a su acción poderosa, los Apóstoles recibieron una transformación interior muy profunda. La obra propia y característica del Espíritu Santo es “hacer santos”. Pues bien, el Espíritu Santo santificó con su presencia personal y con su gracia santificante a aquellos discípulos de Jesús.

Ya Ezequiel lo había anunciado en su revelación profética:

*“Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados;
de todas vuestras impurezas
y de todas vuestras basuras os purificaré.
Y os daré un corazón nuevo,
infundiré en vosotros un espíritu nuevo;
quitaré de vuestra carne el corazón de piedra
y os daré un corazón de carne”* (Ez 36, 25-26).

En esa forma, los Apóstoles quedaron transformados en una nueva creación, en criaturas nuevas, en hombres nuevos, “*creados según el ideal de Dios en la justicia y santidad de la verdad*” (Ef 4, 24; Ga 6, 15).

3. Pero el Espíritu Santo los llenó también de su fuerza y su poder; y, así, los Apóstoles comenzaron de inmediato a dar, con audacia, testimonio de Jesús: *“Quedaron todos llenos de Espíritu Santo –comenta san Lucas– y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse... Y todos los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios”* (Hch 2, 4. 11).

Esas “otras lenguas”, si bien hay que interpretarlas con mucha probabilidad como los idiomas de los oyentes, significan también la nueva manera, las *“lenguas como de fuego”*, con que los Apóstoles comenzaron a dar testimonio de Jesús.

Sí, el tema de su proclamación eran las maravillas que Dios había obrado en Jesús, a quien los judíos habían crucificado, pero a quien Dios había resucitado de entre los muertos; y ahora ese Jesús glorificado les enviaba el Espíritu Santo que les había prometido.

La Renovación Carismática, que se reconoce a sí misma como un nuevo Pentecostés hoy, invita y exhorta vivamente a los fieles a que abran todo su ser: espíritu, alma y cuerpo (1 Ts 5, 23), para ser llenos de la presencia santificadora del Espíritu y recibir su fuerza para poder dar testimonio de Jesús en el mundo de hoy.

LA EXPERIENCIA FUNDAMENTAL

“Un bautismo en el Espíritu Santo”

Después de proponer los dos primeros objetivos de la Renovación Carismática, el documento del Pontificio Consejo para los Laicos hace alusión a “un bautismo en el Espíritu Santo”, y explica brevemente lo que comúnmente se entiende con esa expresión:

“Con frecuencia estas dos gracias espirituales (descritas en los dos primeros objetivos) se experimentan a la vez en lo que se llama, en diferentes partes del mundo:

*‘un bautismo en el Espíritu Santo’,
o ‘un dejar actuar libremente al Espíritu Santo’,
o ‘una renovación del Espíritu Santo’”.*

Y agrega: *“Ordinariamente por ello se entiende: una aceptación personal de las gracias de la iniciación cristiana, y un recibir fuerza para poder realizar el propio servicio personal en la Iglesia y en el mundo”.*

REFLEXIONES

Este apartado es central y de suma importancia. Se trata de “una experiencia espiritual”. Pablo VI, en su homilía de Pentecostés de 1975, decía: “Quisiéramos nosotros hoy, no sólo poseer inmediatamente el Espíritu Santo,

sino también experimentar los efectos sensibles y prodigiosos de esta maravillosa presencia del Espíritu Santo dentro de nosotros”.

Se trata, pues, de una experiencia de orden espiritual difícil de explicar; de allí que el documento la exprese mediante tres enunciados: “un bautismo en el Espíritu Santo”, o “un dejar actuar libremente al Espíritu Santo”, o “una renovación del Espíritu Santo”.

Según el documento, este bautismo en el Espíritu Santo consiste en “una experiencia”, que lleva consigo tanto la aceptación personal y consciente de las gracias del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía; como también la recepción de nuevas fuerzas para realizar la misión que Dios nos ha confiado a cada uno en la Iglesia y en el mundo.

Pues bien, a este propósito, y partiendo de la experiencia pastoral, quisiéramos desarrollar más ampliamente lo que es y significa en la vida de una persona ese “bautismo en el Espíritu Santo”, tan ardientemente deseado y tan insistentemente pedido en la Renovación Carismática, y elemento esencial en su espiritualidad.

Con este bautismo en el Espíritu no se trata, en manera alguna, de recibir nuevamente los sacramentos. Sabemos, en efecto, que fuimos hechos cristianos para siempre mediante el proceso de los sacramentos de iniciación.

La oración de “bautismo en el Espíritu Santo” a que nos referimos va, más bien, en la línea de la renovación del bautismo y sus promesas —como se hace comunitariamente en la Vigilia de Pascua—, sólo que en esta renovación se quiere englobar todo el caudal de gracias recibidas a lo largo de la vida, firmar con el Señor un compromiso

más exigente, con una conciencia más clara y más explícita, y sellar con él, de nuevo, una alianza personal de amor y de fidelidad (cf Jr 31, 31-34).

Así pues, sobre este bautismo en el Espíritu Santo hay que decir que:

1. Es una oración en fe

Esta oración para pedir una nueva efusión de Espíritu Santo o “un bautismo en el Espíritu” consiste en la oración, llena de fe y confianza, que una comunidad cristiana eleva a Cristo Jesús glorificado, para que derrame su Espíritu, de manera nueva y en mayor abundancia, sobre la persona o personas que ardientemente lo piden y por quienes los demás oran. Pablo VI anhelaba para la Iglesia “una gran efusión del Espíritu Santo acogida con deseo, con constancia, con empeño personal y comunitario... La Iglesia tiene necesidad de un perenne Pentecostés...”.

La oración en comunidad asegura la eficacia de la plegaria: *“Nuevamente os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos; porque donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy en medio de ellos”* (Mt 18, 19-20; cf Mt 7, 7; 21, 22; Mc 11, 24; Jn 15, 7; 16, 23; Sant 1, 5; 1 Jn 3, 22; 5, 14-15).

Y, ¿qué pensar si lo que se pide es el mismo Espíritu Santo, don por excelencia de Dios?: *“Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos regalos a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará Espíritu Santo a quienes se lo pidan!”* (Lc 11, 13).

En algunas partes esa oración se hace acompañándola con la imposición de manos de algunos hermanos presentes. Ese gesto no es ni un ademán mágico, ni un rito sacramental, sino una expresión sensible de amor fraterno y de comunión humana, un signo externo de solidaridad en la plegaria de intercesión, con el deseo ardiente, sometido a la voluntad de Dios, de que Jesús derrame sobre nuestro hermano el don del Espíritu Santo que El nos ha comunicado. Ese gesto es esencialmente evangélico: Mt 9, 18; 19, 15; Mc 6, 5; 7, 32; 8, 23-25; 16, 18; Lc 4, 40; 13, 13; Hch 9, 12. 17; 13, 3; 28, 8).

2. Es una nueva misión del Espíritu Santo

Esta nueva efusión de Espíritu Santo se puede explicar a la luz de la teología de las “misiones divinas”. Que el Espíritu sea enviado o venga de nuevo no quiere decir que se desplace, sino que surge en la criatura una relación nueva para con el Espíritu: o bien porque antes nunca estuvo allí, o bien porque empieza a estar de diferente manera a como estuvo antes (cf S. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, P. I, q. 43, a. 1).

Inclusive, tratándose de una persona que se encuentra en estado de gracia y que, por tanto, es habitada por el Espíritu Santo, puede decirse que el Espíritu Santo le es enviado de nuevo. Santo Tomás lo enseña claramente: “La misión del Espíritu Santo se da o bien por aumento de la gracia cuando alguien es elevado a un nuevo estado de gracia, o bien por el progreso en la virtud, o bien por la manifestación de un carisma del Espíritu”.

Santo Tomás mismo ofrece los siguientes ejemplos: “Cuando alguien, ardiendo en fervor de caridad, se ex-

pone al martirio o renuncia a lo que posee o acomete cualquier otra empresa ardua; o cuando alguien progresa en el don de los milagros o de la profecía” (cf Summa Theologiae, P. I, 1q. 43, a.6, ad 2m).

De todo esto puede fácilmente deducirse que podemos recibir este “bautismo en el Espíritu Santo”, no solamente una vez, sino siempre que lo imploremos de Cristo glorificado, con deseo vivo y sincero y con corazón ardiente, en particular cuando se trate de momentos importantes o de acontecimientos fuertes de nuestra vida.

3. Es una gracia que renueva y actualiza las gracias ya recibidas

En términos sacramentales, esta nueva efusión de Espíritu Santo es una gracia que renueva, actualiza de manera existencial y pone en actividad el rico caudal de gracias que Dios ha dado a cada uno a través de los sacramentos recibidos.

En unos, pondrá en actividad lo recibido sólo en el Bautismo y en la Confirmación; en otros, lo que Dios ha dado además a través de la Reconciliación y de la Eucaristía. En éstos activará la gracia del Matrimonio; en aquéllos renovará el carisma del Sacerdocio ministerial.

Y de manera análoga, esta gracia beneficia también los carismas del propio estado de vida y de la vocación personal: en unos hará vivir en plenitud el llamamiento a un estado de simple soltería; y en otros llevará a la perfección la vocación a una vida consagrada en el mundo o en la vida religiosa.

En esta perspectiva, la efusión del Espíritu Santo de la que hablamos tiene una semejanza notable con el bau-

tismo en el Espíritu que recibieron los Apóstoles el día de Pentecostés: ¿No estaban acaso también ellos perfectamente equipados con multitud de gracias equivalentes a nuestros sacramentos, que les había comunicado personalmente Jesús? Y, sin embargo, necesitaron el don del Espíritu Santo que pusiera en actividad todas estas capacidades espirituales: “*¡Mirad, Yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte, permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de Poder desde lo Alto!*” (Lc 24, 49).

4. Es una gracia que libera de obstáculos, cadenas y ataduras

Este bautismo en el Espíritu Santo puede también comprenderse de la siguiente manera. Desde el primer momento de nuestra incorporación a Cristo por la fe y el bautismo, poseemos al Espíritu Santo, el cual habita en nosotros como en su propio templo (1 Co 6, 19). Según la doctrina de san Pablo, “*todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu y hemos bebido del mismo Espíritu*” (1 Co 12, 13).

Así, pues, el Espíritu Santo está allí con toda la riqueza de su ser infinito y con toda la potencialidad de su actividad divina. Sin embargo, debido a obstáculos, diques y barreras que voluntaria o involuntariamente ponemos, manifestadas en el pecado, en la desidia, en la pereza o en la tibieza, etc., la acción del Espíritu Santo no llega a desplegarse en nosotros en toda su plenitud.

En estas circunstancias, esta nueva efusión de Espíritu Santo es una gracia de Dios que rompe la dureza de nuestro corazón, remueve las trabas, derriba los obstácu-

los, destroza las cadenas y nos dispone para que el Espíritu actúe en nosotros con toda libertad. Todas éstas son gracias de “liberación”, que el Espíritu Santo obra en el interior del creyente, haciéndolo crecer en esa “*libertad para la cual Cristo nos libertó*” (Ga 5, 1).

5. Es un dejar actuar libremente al Espíritu Santo

La experiencia espiritual llamada “bautismo en el Espíritu Santo” se explica con frecuencia, también, como “*un dejar actuar libremente al Espíritu Santo*” en nosotros. Esta idea es complementaria de la expuesta en el número anterior. Una comparación puede aclarar este concepto.

Imaginemos una tierra fértil, que lleva en sus capas interiores gérmenes de admirable fecundidad, pero cuya superficie está endurecida por una mezcla de piedras y abrojos. Pues bien, esa tierra es en sí misma prometidora, pero las piedras y abrojos impiden que de allí brote la vida. ¿Qué hacer? Es urgente que esa tierra sea removida, escardada, descantada y alimentada con agua. Con esto, la virtud germinativa que hay en ella comenzará a entrar en acción. Las plantas rasgarán la superficie de la tierra y vendrá una verdadera eclosión de primavera. El campo se llenará de verdor, aparecerán las flores y vendrán al fin los ricos y abundantes frutos.

Así también, tratándose del Espíritu Santo que vive en el interior del cristiano. Allí está con toda su riqueza germinativa, con toda su potencialidad de gracia, de dones y de frutos; pero una cantidad de obstáculos –pruebas, preocupaciones, riquezas, placeres, etc.– le impiden desarrollar su acción en plenitud. Es la parábola de Jesús acerca de la semilla (Lc 8, 11-15).

La oración para “dejar actuar libremente al Espíritu” librerá al creyente de todas esas trabas, impedimentos y estorbos, y el Espíritu Santo producirá una verdadera eclosión de vida y de frutos. Es entonces cuando se realiza la palabra del Apóstol: *“El Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor: ¡Libertad!”* (2 Co 3, 17).

6. Es una nueva experiencia del Espíritu

El primer efecto de esta gracia es tener una “experiencia del Espíritu” que habita en el corazón del creyente, la cual perfectamente cuadra en el marco de nuestra teología tradicional católica.

“Sobre el modo común como Dios está en todas las cosas –enseña santo Tomás de Aquino– hay otro especial que conviene a la criatura racional, en la cual se halla Dios como lo conocido en el que conoce y lo amado en el que ama. Y, conociendo y amando, el hombre toca al mismo Dios que habita en él como en su templo. Y esto es solamente por la gracia santificante”.

“Además –continúa el autor– decimos que en verdad tenemos algo, cuando libremente podemos usar o disfrutar de ello. Pues bien, por la gracia santificante, no sólo poseemos al Espíritu Santo que habita en nosotros, sino que tenemos el poder de disfrutar de la Persona divina” (Summa Theologiae, P. I, q. 43, a. 3).

A este propósito, S.S. Pablo VI dijo en su homilía de Pentecostés el 18 de mayo de 1975: “Quisiéramos nosotros hoy, no sólo poseer inmediatamente al Espíritu Santo, sino también experimentar los efectos sensibles y prodigiosos de esta maravillosa presencia del Espíritu

Santo dentro de nosotros. Porque sabemos que el Espíritu Santo es luz, es fuerza, carisma, infusión de una vitalidad superior, capacidad de superar los límites de la actividad natural; es riqueza de virtudes sobrenaturales, riqueza de dones, los célebres siete dones, que hacen rápida y ágil la acción del Espíritu Santo coordinada con el complejo sistema psicológico humano; es riqueza de frutos espirituales que adoman bellamente el jardín de la experiencia cristiana”

7. Es un principio de vida nueva

Como consecuencia de esa “efusión de Espíritu Santo”, que es apertura decisiva hacia la persona del Espíritu Santo, su presencia y su poder, vendrá un verdadero despertar de vida que se manifestará en “frutos de santidad” y en “carismas espirituales” para edificar la Iglesia.

Permítasenos enumerar, a manera de ejemplos, sin que esto sea exhaustivo, algunos de los frutos que se perciben aquí y allá, en unas y en otras personas, después de esa oración implorando una nueva venida del Espíritu Santo:

- † Conversión interior radical y transformación profunda de la vida.
- † Luz poderosa para comprender mejor el misterio de Dios y su plan de salvación.
- † Nuevo compromiso personal con Cristo.
- † Apertura sin restricciones a la acción del Espíritu Santo.
- † Ejercicio activo de las virtudes teologales: fe, amor, esperanza.

- + Gusto por la oración personal y comunitaria.
- + Atractivo por la oración litúrgica de la Iglesia.
- + Amor ardiente a la Palabra de Dios en la Escritura.
- + Búsqueda viva de los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía.
- + Revaloración de la misión de la Virgen María en el plan de la redención.
- + Amor verdadero y auténtico a la Iglesia y a sus instituciones.
- + Comprensión generosa de las deficiencias de nuestra Madre, la Iglesia.
- + Descubrimiento de una verdadera opción preferencial por los pobres.
- ‡ Entrega generosa al servicio de los hermanos en la fe.
- ‡ Interés por la unidad de los cristianos dentro de un ecumenismo saludable.
- + Fuerza divina para dar testimonio de Jesús en todas partes.
- ‡ Ansias de un ilimitado radio de apostolado.

8. Es una fuente de frutos y carismas del Espíritu

Esta “nueva misión del Espíritu” beneficia al creyente en todo su ser, tocando “*su espíritu, su alma y su cuerpo*” (1 Ts 5, 23). Por eso, es del todo normal y de ninguna manera extraño que, con ocasión de ese “bautismo en el Espíritu” (ya sea durante la oración misma, o

poco después, o días más tarde), la persona tenga una singular experiencia de Dios y de su acción, no solamente en frutos espirituales interiores, sino también en efectos sensibles y externos, por ejemplo: una paz como jamás la había sentido, un gozo como nunca lo había experimentado, la curación de algún desajuste psicológico (depresión, angustia, ansiedad, miedo, zozobra, tristeza, etc.) o la sanación, inclusive, de alguna enfermedad corporal.

Más aun, es también natural que en esta ocasión el Espíritu Santo quiera renovar y reinflamar los carismas que ha concedido a cada uno como miembros del Cuerpo de Cristo; y no sólo eso, sino que conceda otros dones más, según la medida de Cristo y en vista del bien común y de la edificación de la Iglesia (cf Ef 4, 7; 1 Co 12, 7-11. 27-31; Rm 12, 6-8).

9. Es una apertura total al Espíritu Santo

Es muy útil subrayar también que recibir ese bautismo en el Espíritu Santo, o esa efusión de Espíritu, no es lo mismo que hacer una consagración al Espíritu Santo. En la consagración predomina una actitud activa: la persona se da, se ofrece, se entrega, se consagra al Espíritu Santo para que él realice los planes que Dios tiene sobre ella.

En cambio, en el bautismo en el Espíritu prevalece una actitud pasiva, o mejor, una actitud activamente pasiva: se pide a Jesús glorificado que derrame su Espíritu divino, con la abundancia de su gracia y de sus dones, sobre la persona por quien se ora; y que el Espíritu de Dios tome posesión completa de esa persona. Esta actitud es semejante a la de la Santísima Virgen María cuan-

do respondió a la voluntad de Dios, manifestada por el ángel Gabriel: “*¡He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra!*” (Lc 1, 38).

Sin embargo, es muy conveniente hacer o renovar por parte nuestra, una sincera y total consagración al Espíritu Santo, poniéndonos dócilmente a disposición de sus mociones divinas.

10. Es el inicio de un nuevo caminar en el Espíritu

Finalmente, hay que notar que esa nueva efusión del Espíritu es un inicio y un comienzo; y no es de ninguna manera un punto de llegada o de perfección ya adquirida. Así como Pentecostés no fue para los Apóstoles sino el principio de una vida nueva en el nuevo Pueblo de Dios; así también este bautismo en el Espíritu no es un término, sino solamente el principio, el arranque de una vida nueva, de un nuevo caminar al impulso del Espíritu, de un comenzar a vivir realmente en plenitud la vida cristiana (Ga 5, 16-25).

Este “bautismo en el Espíritu” –como fácilmente puede percibirse– suele ser clave, trascendental y definitivo para la renovación espiritual de todo cristiano. Sus consecuencias pueden ser muy importantes. Siendo así, bien vale la pena aceptar este reto y desafío, y prepararse debidamente para pedir esta gracia.

S.S. Juan XXIII anhelaba “como un nuevo Pentecostés” para la Iglesia; y el Papa Pablo VI, el 9 de mayo de 1975, escribía en su Exhortación Apostólica sobre la “Alegría en el Señor”: “No es que los efectos de Pentecostés hayan cesado de ser actuales a lo largo de la his-

toria de la Iglesia; pero son tan grandes las necesidades y los peligros de este siglo, son tan vastos los horizontes de una humanidad conducida hacia una coexistencia mundial que luego se ve incapaz de realizar, que esa humanidad no puede tener salvación sino en una nueva efusión del Don de Dios. ¡Que venga, pues, el Espíritu Creador a renovar la faz de la tierra!” (n. 7).

No siendo este bautismo en el Espíritu Santo un acto sacramental, sino una nueva efusión de Espíritu Santo que bondadosamente nos da Jesús glorificado, puede hacerse o renovarse cuantas veces se desee. Así como podemos diariamente recibir en la Eucaristía el cuerpo y la sangre de Jesús, de igual manera nos es permitido pedirle al Señor que nos bautice constantemente con su Espíritu, que derrame su Espíritu sobre nosotros, que nos sature de su Espíritu.

La oración de bautismo en el Espíritu Santo es como una epiclesis, mediante la cual pedimos al Padre y a Jesús que nos envíen su Santo Espíritu, para que él haga de nuestra vida una ofrenda viva para Dios mediante la transformación espiritual a imagen de Cristo, el Señor, y nos permita participar en su misión por el testimonio y el servicio del amor a los demás (Cat. Igl. Cat., n. 1109).

TERCER OBJETIVO

Los Carismas del Espíritu Santo

A propósito del tercer objetivo de la Renovación en el Espíritu Santo, dedicado a los “carismas del Espíritu Santo”, el Documento de ICCRS nos ofrece un texto muy rico, que contiene tres ideas:

1º *“Fomentar la recepción y el uso de los dones espirituales (carismas), no solamente en la Renovación carismática, sino también en la Iglesia entera”.*

La Renovación tiene la tarea de concientizar a todos los fieles acerca de los dones que el Espíritu Santo da para construir la Iglesia.

2º *“Estos dones, ordinarios y extraordinarios, se encuentran abundantemente en laicos, religiosos y clérigos”.*

El documento utiliza la terminología teológica tradicional para referirse a los carismas del Espíritu, llamándolos “ordinarios o extraordinarios”, según su carácter de frecuencia o de particular impacto. Y afirma, además, que los carismas se encuentran en todas las clases de cristianos: clérigos, religiosos y laicos.

3º *“Su justa comprensión y uso correcto, en armonía con otros elementos de la vida de la Iglesia, son una fuente de fuerza para los cristianos en su camino hacia la santidad y en el cumplimiento de su misión”*

Esta idea es importante. Los carismas no son los únicos elementos de la vida de la Iglesia (existe además, por ejemplo, la vida litúrgica y sacramental); pero su comprensión y su uso correcto son una “fuente de fuerza” en el camino hacia la santidad y para el cumplimiento de la propia misión.

Se dice que los carismas son para el bien común y para la edificación de la Iglesia. Y a veces se agrega: “No son para provecho propio...”. Esto no es del todo correcto, porque los carismas son para construir la Iglesia, y el que tiene y ejercita sanamente su carisma es también parte de la Iglesia; y así, él es el primer beneficiado por su propio carisma. De manera que, ejercitando su carisma personal, el cristiano se va edificando a sí mismo como miembro que es de la Iglesia. Además de eso, si el carisma funciona al impulso de la virtud teologal del amor, el ejercicio de los carismas es fuente indiscutible de santificación personal.

REFLEXIONES

A propósito de los carismas del Espíritu Santo, queremos tratar los siguientes puntos:

- 1º Recordar algunos carismas que se manifestaron en los Apóstoles el día de Pentecostés.
- 2º Los carismas en los inicios de un grupo de Renovación en el Espíritu.

- 3º “Dones, carismas y misterios” en la teología de san Pablo.
- 4º Los ministerios y carismas en la Exhortación “Christifideles Laici”.
- 5º Carismas y misterios en una Comunidad de Renovación.

1. Los Carismas de Pentecostés

El día de Pentecostés, el Espíritu Santo, además de santificar a los Apóstoles, les comunicó todos aquellos “carismas” que iban a necesitar para la gran tarea evangelizadora que de inmediato le esperaba, y construir así la Iglesia del Señor en el mundo:

- Les comunicó luz en el entendimiento para comprender el misterio de Cristo Jesús (Ef 3, 4-19).
- Los armó de decisión en la voluntad para entregarse al Señor y seguirlo, a pesar de las tribulaciones que vendrían sobre ellos (Mc 1, 16-20; Jn 6, 44; Hch 5, 41).
- Les concedió el don de alabanza para cantar “las grandezas y maravillas de Dios” (Hch 2, 11).
- Les dio fuerza, vigor, valentía, atrevimiento y audacia para dar testimonio de Jesús en medio de persecuciones y sufrimientos (Hch 4, 8. 31; 5, 28-32).
- Les concedió el don de la palabra para comunicar adecuadamente la Buena Nueva acerca de Jesús (Hch 3, 12-26; 4, 13; Lc 12, 11-12).

- Los capacitó con signos y prodigios para confirmar la proclamación del Evangelio (Hch 3, 1-10; 4, 29-31; 5, 17-21).
- Los enriqueció con el don de idiomas al servicio del testimonio (Hch 2, 6-11).

En una palabra, gracias a esos numerosos y diferentes "carismas" –que son dones que manifiestan la presencia del Espíritu y son dados para edificar la Iglesia (1 Co 12, 7; 14, 12)–, los Apóstoles quedaron transformados de tímidos y temerosos discípulos de Jesús de Nazaret, en ardientes y audaces testigos de Cristo muerto y resucitado.

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos describe en forma impactante, en Hch 2, 42–5, 42, la obra admirable del Espíritu Santo a partir del día de Pentecostés. La proclamación de la Palabra de Dios que hacían los Apóstoles iba acompañada del ejercicio de los carismas del Espíritu, y, en esa forma, *"en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos"* (Hch 6, 7).

2. Los Carismas en los inicios de un Grupo de Renovación

A la Renovación en el Espíritu se le ha dado el título de Renovación Carismática, justamente por el redescubrimiento que ha hecho de los carismas que el Espíritu Santo comunicó a los fieles en los principios de la Iglesia. La Renovación espera, no tanto que se produzcan fenómenos espirituales impactantes, sino que se reincorporen, en la vida ordinaria de las comunidades cristianas actuales, los dones y carismas que se produjeron en la Iglesia

de los primeros tiempos, y que tanto sirvieron para la primera evangelización del mundo pagano.

Es un hecho casi indiscutible que, cuando verdaderamente nace un grupo de renovación con la fuerza del Espíritu, aparecen de inmediato ciertos carismas, como el don de lenguas, carismas de sanación física o interior, la profecía, el don de discernimiento, palabras de sabiduría y de conocimiento, el poder de liberación de espíritus malignos, visiones, etc. También se manifiestan sensiblemente frutos de la presencia y experiencia del Espíritu, como son: el amor, un gozo exuberante, paz espiritual, una alegría contagiosa, el deseo de alabar y bendecir al Señor...

Todos estos dones recuerdan la lista de nueve carismas que el Apóstol Pablo presenta en 1 Co 12, 4-11, a propósito de las asambleas litúrgicas de las comunidades cristianas de la primera hora.

La presencia de estos carismas es en principio muy positiva, pues hacen pensar en el Pentecostés de los Apóstoles, y pueden ser signos sensibles de la obra de conversión interior que el Espíritu Santo está realizando en el grupo allí reunido.

Sin embargo, para no caer en excesos y exageraciones lamentables, es muy conveniente vigilar prudentemente para mantener el orden, el equilibrio y la tranquilidad, pues *“Dios no es un Dios de confusión, sino de paz”* (1 Co 14, 32).

Acerca de estos carismas, cuya presencia al principio de la Renovación causó admiración, o al inaugurarse un nuevo grupo produce a veces desconcierto, hay que decir que son parte integrante en la Renovación Carismática y hay que mantenerlos, apoyarlos y alimentarlos, y de ninguna manera sofocarlos, apagarlos o suprimirlos.

Lo necesario y urgente es impartir enseñanzas iluminadoras, serias y positivas, basadas en textos del Nuevo Testamento para que se adquiriera un conocimiento claro de los mismos y un uso sano y correcto en la práctica.

Más aun, hay que estar atentos para ver si en algunas comunidades de Renovación estos carismas han desaparecido, o inclusive nunca han existido. Si ese fuera el caso, es urgente que en esas comunidades se reinflame la llama que se está extinguiendo, o que se dé la debida enseñanza sobre la existencia y posibilidad de esos carismas, para que esos dones del Espíritu Santo broten y se desarrollen para riqueza de la comunidad carismática.

Frecuentemente se habla de comunidades apagadas, o que han desaparecido por la falta de estos dones y carismas que el Espíritu Santo regala para dar vida y dinamismo e ir construyendo las asambleas y reuniones de oración.

Sin embargo, no hay que creer que la dimensión carismática de la Iglesia se reduce y se califica por los dones hasta aquí mencionados. No. Esos carismas, a veces espectaculares, no son ni los únicos ni los más importantes. Son ciertamente gracias de Dios y obras de su poder y misericordia; pero son a la manera de flores del campo que sirven para embellecer la naturaleza y atraer y captar la atención.

En la vida de Jesús, sus milagros y sanaciones eran ciertamente obras de su poder y misericordia, pero eran sobre todo signos para revelar quién era él y cuál era la misión que su Padre Dios le había confiado. Eran, en definitiva, signos sensibles de algo más profundo: el establecimiento del Reino de los cielos.

Es, por eso, necesario impartir a su tiempo una enseñanza sólida, completa y sistemática sobre los carismas del Espíritu Santo en toda su amplitud y riqueza, como los presenta el Nuevo Testamento, particularmente san Pablo, y como los enseña el Magisterio de la Iglesia cuando trata de dones, carismas y ministerios.

3. “Dones, carismas y ministerios” en la teología de San Pablo

TEXTOS BIBLICOS

En la teología del Apóstol Pablo acerca de los dones y carismas, podemos distinguir dos series de textos importantes. Unos miran a la “unidad de un solo cuerpo”, el cuerpo de Cristo, formado por todos los cristianos; otros se refieren a los “diferentes carismas” que el Espíritu Santo reparte entre los diversos miembros para beneficio de ese único cuerpo.

1º Un solo cuerpo en Cristo, formado por muchos miembros.

– Rm 12, 4-5: *“Así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función; así también nosotros, siendo muchos, no formamos sino un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte miembro del otro”.*

1 Co 12, 12: *“Del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad,*

no forman más que un solo cuerpo, así también es Cristo”

1 Co 12, 27: “Vosotros sois el Cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte”.

2º Carismas diferentes

- 1 Co 12, 7-11: “A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para utilidad común, porque a uno se le da, por el Espíritu, palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento, según el mismo Espíritu; a éste, fe, en el mismo Espíritu; a aquél, carismas de curaciones, en el único Espíritu; a otro, operaciones de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a éste, diversidad de lenguas; a aquél, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, distribuyéndolas en particular, a cada uno, como quiere”.
- 1 Co 12, 28: “En la comunidad, Dios ha establecido a algunos, en primer lugar, como apóstoles; en segundo lugar, como profetas; en tercer lugar, como maestros; luego, el poder de los milagros; luego, el don de curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas”.
- Rm 12, 6-8: “Pero, teniendo carismas diferentes, según la gracia que nos ha sido dada: si es el don de profecía, ejerzámoslo en la medida de nuestra fe; si es el de ministerio, en el ministerio; la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando; el que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad”.

- Ef 4, 11-13: *“El mismo dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros; para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo.*
- 1 Ped 4, 10-11: *“Que cada cual ponga al servicio de los demás el carisma que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios. Si alguno habla, sean palabras de Dios; si alguno presta un servicio, hágalo en virtud del poder recibido de Dios; para que Dios sea glorificado en todo por Jesu-Cristo, para quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén”*

Véanse además los siguientes textos: 1 Co 3, 5.10; 7, 7; 13, 1-3; 14, 6; 2 Co 6, 3; 12, 1-12; 1 Tm 1, 5. 12; Mc 16, 17; Hch 6, 4; 11, 27; 13, 1; 20, 28.

REFLEXION SOBRE LOS TEXTOS

1º Carismas - Ministerios - Operaciones

Un texto básico en la teología de los carismas es 1 Co 12, 4-7. *“Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios el que obra todo en todos; y a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común”.*

A primera vista, por la presentación de los dones como *“carismas, ministerios y operaciones”*, se podría pensar que los dones espirituales se clasifican clara y distin-

tamente en tres categorías: unos serían “carismas”; otros, “ministerios”; y otros, “operaciones”. Y así, cada don sería catalogado en un grupo preciso y cerrado. Sin embargo, no es así.

La terminología utilizada por el Apóstol no es rígida. A veces coloca “ministerios” y “operaciones” en listas que llevan el título de “carismas”. Dos textos pueden servir de ejemplos. En 1 Co 12, 31, después de mencionar nueve dones: “apóstoles, profetas, maestros, milagros, curaciones, asistencia, gobierno, lenguas, interpretación”, Pablo los designa como “carismas”, invitando a los corintios a “desear los carismas mejores”.

En Rm 12, 6-8, el Apóstol habla de “*carismas diferentes, según la gracia dada*”, y luego hace una breve enumeración: “profecía, ministerio, enseñanza, exhortación, dadivosidad, presidencia, misericordia”. Es de notar que, en esta lista, la “diakonía-ministerio” es llamada carisma. Siendo así, es preferible entender las expresiones del Apóstol de la siguiente manera.

- a) Todos los “*dones espirituales*” son regalos del Espíritu Santo, que tienen como finalidad común “*el provecho de la comunidad*” (1 Co 12, 7), “*la edificación de la Iglesia*” (1 Co 14, 12), y funcionan al impulso del mismo Espíritu.

Pues bien, cada uno de ellos puede considerarse bajo tres aspectos:

- en cuanto que son dones gratuitos, se les designa como “*carismas*”;
- en cuanto que son para servir a los demás, se les llama “*ministerios*”.

– en cuanto que funcionan al impulso divino, se les da el nombre de “operaciones”.

b) Hay dones en los que brilla más el carácter de gratuidad, de gracia, de regalo, y por eso se les llamará preferentemente “carismas” (ejemplos: la profecía, las visiones, el don de lenguas). Hay otros dones en los que luce más su carácter de servicio, y por eso se les llamará preferentemente “ministerios” (ejemplos: el pastor, la enseñanza, la presidencia, el gobierno). Hay otros dones en los que resplandece más la energía divina, a éstos se les llamará preferentemente “operaciones-energémata” (ejemplos: las curaciones, los milagros, los exorcismos).

En conclusión, todo “don para construir la Iglesia” es a la vez “carisma-ministerio-operación”, pero en él puede brillar más, uno de los tres aspectos; y así, más se le llamará o “carisma” o “ministerio” u “operación”.

2º Origen de los carismas

La donación de los carismas se atribuye de ordinario al Espíritu Santo en razón de este texto paulino: “*Todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular, como él quiere*” (1 Co 12, 11).

Sin embargo, el mismo Apóstol en 1 Co 12, 4-6 atribuye los “dones-carismas” al Espíritu Santo, porque él es el Don por excelencia; los “dones-ministerios”, al Señor, porque Jesús vino a servir, no a ser servido; y los “dones-operaciones”, a Dios-Padre, porque él es el omnipotente, el todopoderoso. En definitiva, Dios es el origen de todo carisma.

3º Diversidad de los carismas

Por lo que se ha visto, una sistematización rígida de los carismas resultaría inadecuada. Así como entre los colores del arco iris, unos son bien definidos, pero otros resultan de la fusión de los colores firmes; de manera semejante sucede en los carismas.

Unos son precisos y pueden clasificarse bajo un solo apartado, otros, en cambio, por razón de su riqueza, presentan notas variadas que les permiten ser colocados en dos o más apartados. Además, los carismas son innumerables.

Por todo esto, sin pretender hacer una clasificación exacta, perfecta y completa de los carismas mencionados en los textos –y sólo a manera de ejemplo–, he aquí un ensayo de agrupación.

a) Carismas de “apostolado - enseñanza - gobierno”:

Apóstoles (1 Co 12, 28; Ef 4, 11).

Profetas (1 Co 12, 28; Ef 4, 11).

Pastores (Ef 4, 11; Hch 20, 28).

Maestros (1 Co 12, 28; Rm 12, 7; Ef 4, 11).

Evangelistas (Ef 4, 11; Hch 21, 8).

Episcopos, presbíteros, diáconos (Hch 14, 23; 15, 2; 20, 17. 28; Flp 1, 1; Ti 1, 5).

Presidentes, dirigentes (1 Ts 5, 12; Hb 13, 17).

Diferentes diaconías (Hch 6, 1-6; Rm 12, 7; Ef 4, 12; 1 P 4, 11; 1 Co 16, 15-16).

b) Carismas de conocimiento y de palabra:

Palabra de sabiduría (1 Co 12, 8).

Palabra de conocimiento (ciencia) (1 Co 12, 8; Col 1, 9).

Palabra profética (1 Co 12, 10; Rm 12, 6).

Revelaciones (1 Co 14, 26).

Penetración de misterios (1 Co 13, 2).

Espíritu de sabiduría y de revelación (Ef 1, 17).

Visiones (Hch 2, 17; 9, 3-17).

Idiomas extranjeros - xenoglosia (Hch 2, 6. 11; Mc 16, 17).

Lenguas o glosolalia (1 Co 12, 10. 29; Hch 10, 46; 19, 6).

Interpretación de lenguas (1 Co 12, 10. 30).

c) Carismas de servicio:

Funciones Administrativas (1 Co 12, 28).

Presidir (Rm 12, 8).

Asistencia en las necesidades (1 Co 12, 28).

Exhortación y consuelo (Rm 12, 8).

Obras de misericordia (Rm 12, 8).

Distribución de los propios bienes (1 Co 13, 3).

Entrega de la propia vida (1 Co 13, 3).

Diferentes diaconías (Rm 12, 7; Ef 4, 12; 1 P 4, 11; 1 Co 16, 15-16).

d) Carismas de poder:

Fe obradora de milagros (Hch 14, 9; 1 Co 12, 10. 28).

Obras de poder (Hch 4, 30; 1 Co 12, 10.28).

Exorcismos (Mc 16, 17).

e) Carismas de estado de vida:

Matrimonio (1 Co 7, 7).

Celibato, virginidad, soltería consagrada (1 Co 7, 7. 34).

4º Finalidad de los carismas

a) De todo lo anterior se puede deducir que los carismas:

- No son ni única ni exclusivamente esas manifestaciones espectaculares que la terminología tradicional acostumbra llamar "dones extraordinarios" del Espíritu, como el hablar en lenguas, la profecía, los milagros, las sanaciones, las visiones.

- Ni pueden tener por definición solamente el ser "*manifestaciones sensibles del Espíritu*" (1 Co 12, 7).

b) Sino que, partiendo de una amplia perspectiva eclesiológica, "*los carismas son todos aquellos dones que el Espíritu Santo da, según la gracia de Dios, para utilidad común y edificación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo*" (1 Co 12, 7; 14, 12; Ef 4, 12).

Dios es quien construye su Iglesia. Para ello, por medio de Jesu-Cristo y del Espíritu Santo, instituyó y mantiene las estructuras de la Iglesia (Mc 3, 14, 19; Mt 16, 18; Jn 20, 21-23; Hch 1, 2); pero también la edifica mediante la constante distribución de carismas, ministerios y diversos modos de acción (operaciones), que da a cada uno en particular, según le place (1 Co 12, 4-7. 11).

La serie de dones del Espíritu es innumerable; está abierta a la medida de la riqueza de la gracia de Dios y de acuerdo a las necesidades de la Iglesia, a través del correr de su historia en su tarea de salvar a los hombres.

5º Importancia de los carismas

San Pablo animaba a los corintios a que aspiraran a los carismas del Espíritu: *“¡Ambicionad los carismas superiores! ¡Id en pos de la caridad, pero ambicionad también los dones espirituales!”* (1 Co 12, 31). *“Ya que ambicionáis los dones del Espíritu, procurad abundar en ellos para la edificación de la comunidad”* (1 Co 14, 1. 12).

Los carismas son de variada importancia según sirvan más o menos para la edificación de la Iglesia. La Iglesia tiene necesidad de todos los dones de gracia; pero esta necesidad no es igual, todo depende del papel que cada don juegue en la construcción de la Iglesia.

El amor es ciertamente el gran don, el excelente camino (1 Co 13), pero éste se ejercita justamente a través de los carismas que construyen la Iglesia. Los carismas de nada sirven sin la caridad-amor; pero la caridad-amor no se despliega sino en el ejercicio de los carismas.

Hay que evitar dos excesos:

- a) Admitir sólo aquellos carismas de rango superior, desechando o despreciando otros que no nos parecen tan necesarios o que juzgamos peligrosos, o que simplemente no nos gustan, por no decir que no entendemos (¡atención, que son dones del Espíritu!);
- b) y dar una desmedida importancia a ciertos dones espectaculares (impropiamente llamados extraordinarios), de manera que se caiga en una inaceptable carismanía.

6º Naturaleza de los carismas:

En cuanto a su naturaleza, cada carisma es diferente, según la función específica que tiene que desempeñar. Algunos carismas se manifiestan como dones estables; así son, por ejemplo, los ministerios jerárquicos: el sumo pontificado, el episcopado, el carisma presbiteral. Otros muestran un carácter de gracia transitoria: por ejemplo, una visión, una palabra profética, una luz de sabiduría o de conocimiento.

Algunos carismas edifican la Iglesia en una forma: por ejemplo, los carismas de apostolado, de evangelización, de catequesis, de exhortación y de asistencia; otros, de otra: por ejemplo, los carismas de curación y de milagros.

Unos carismas miran a un estado de vida: por ejemplo, el matrimonio y la virginidad consagrada (1 Co 7, 7); otros se ordenan a una actividad concreta en el Cuerpo de Cristo: por ejemplo, el presidir, el ejercicio de la misericordia, el gobierno (Rm 12, 8).

Sin embargo, en esta rica variedad de carismas, lo que todos tienen en común es que no son solamente aptitudes, talentos o capacidades naturales dadas por el Creador, sino que se trata de dones sobrenaturales que el Espíritu Santo comunica o hace surgir en cada miembro del Cuerpo de Cristo para que cada uno contribuya a la construcción total, y todos ellos realizan su función y entran en ejercicio en virtud de una moción activa, positiva y sobrenatural del Espíritu de Dios.

4. Los Ministerios y Carismas en la Exhortación “Christifideles Laici”

La exhortación Apostólica “Christifideles Laici” dedica los números 21-24 a la enseñanza sobre “ministerios y carismas”

EXHORTACION “CHRISTIFIDELES LAICI” N. 21

Este número ofrece la doctrina general sobre “ministerios y carismas”. Esta terminología no es rígida ni taxativa, pues luego hablará, en lenguaje más amplio, de dones jerárquicos, dones carismáticos, oficios, funciones, dones, tareas. Más aun, al “ministerio ordenado” le llamará “carisma del Espíritu” (n. 22a); y entre los carismas se mencionarán dones que el mismo Espíritu da para la utilidad eclesial, para la edificación del Cuerpo de Cristo y para servicio de los hombres y del mundo.

El número se abre con una definición clara y precisa, a saber: “Los ministerios y los carismas son dones del Espíritu Santo para la edificación del Cuerpo de Cristo y para el cumplimiento de su misión salvadora en el mundo”.

Esta definición es rica y es clave. Señala dos elementos muy importantes:

- * Ya sean ministerios o carismas, no se trata sólo de cualidades o capacidades naturales, sino que son “dones del Espíritu Santo”.
- * Su finalidad es la construcción del Cuerpo de Cristo y el cumplimiento de su misión salvífica en el mundo.

Un segundo principio afirma que todos los ministerios de la Iglesia, con sus diversas modalidades, son una participación en el ministerio de Cristo.

Por lo demás, la doctrina de la "constitución ministerial de la Iglesia" aparece clara en las epístolas de san Pablo, y se citan como fundamento tres textos clásicos: 1 Co 12; Ef 4, 7, 11-13; Rm 12, 4-8.

EXHORTACION "CHRISTIFIDELES LAICI" NN. 22-24

Los números 22-24 de la Exhortación ofrecen una clasificación global de ministerios y carismas:

- a) Ministerios
 - ordenados
 - ministerios, oficios, funciones de los laicos.
- b) Carismas: otros dones e impulsos del Espíritu Santo.

a) Ministerios

1º Ministros ordenados que derivan del sacramento del Orden.

Los ministros reciben de Cristo resucitado el carisma del Espíritu Santo, mediante el sacramento del Orden. Reciben así la autoridad y el poder sacro para servir a la Iglesia "in persona Christi capitis" (personificando a Cristo Cabeza), y para congregarla en el Espíritu Santo por medio del evangelio de los sacramentos.

- Los ministerios ordenados son una gracia para la Iglesia entera.
- Expresan una participación en el sacerdocio de Jesu-Cristo que es distinta, no sólo por grado sino por esencia, de la participación otorgada con el Bautismo y la Confirmación a todos los fieles.
- Este sacerdocio ministerial es enteramente necesario para la vida de los fieles y para su participación en la misión de la Iglesia.

2º Ministerios, oficios, funciones de los laicos.

Hay unos que derivan de los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, y para muchos, también del Matrimonio (cf EN 70).

- Hay otros conectados al ministerio de los pastores, sin el carácter del orden. Ejemplos: ejercitar el ministerio de la palabra; presidir oraciones litúrgicas, administrar el bautismo, dar la sagrada comunión...

b) Carismas

- Son otros dones e impulsos del Espíritu. Como fuentes bíblicas se mencionan: 1 Co 12, 4-10. 28-31; Rm 12, 6-8; 1 P 4, 10-11.
- Pueden asumir las más diversas formas: sea en cuanto expresiones de la absoluta libertad del Espíritu que los da, sea como respuesta a las múltiples exigencias de la historia de la Iglesia.
- Son gracias del Espíritu Santo que tienen una utilidad eclesial: están ordenados a la edificación de

La Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo.

Los carismas han de ser acogidos con gratitud, pues son una singular riqueza de gracia para la vitalidad apostólica y para la santidad del entero Cuerpo de Cristo. Ningún carisma, por otra parte, dispensa de la relación y sumisión a los Pastores de la Iglesia.

5. Carismas y Ministerios en una Comunidad de Renovación

En la Renovación Carismática cada comunidad es diferente, ya que no hay un modelo común a seguir. El Documento de ICCRS dice: "La Renovación es una reunión muy diversa de individuos, grupos y actividades, en frecuencia del todo independientes unos de otros, en diferentes grados y modos de desarrollo y con diversos énfasis".

Sin embargo, en toda Comunidad de Renovación, un elemento central es el ejercicio de los "carismas" del Espíritu Santo y el servicio de la Comunidad mediante el desempeño de diferentes "ministerios".

Dos oportunidades se presentan ordinariamente para el ejercicio de los dones, carismas y ministerios: 1º Durante la reunión o asamblea semanal de oración; y 2º al realizar la propia actividad apostólica en la Iglesia o en el mundo.

EL USO DE LOS CARISMAS EN LAS ASAMBLEAS DE ORACION

Ante todo hay que recordar que “la asamblea o la reunión semanal de oración” es un elemento fundamental y característico de la Renovación carismática. Pentecostés, en efecto, fue el nacimiento de la comunidad cristiana, y la Renovación quiere ser una actualización de Pentecostés. La Renovación cobra forma sensible y tangible cuando crea comunidad. Por tanto, se puede decir que no existe movimiento de Renovación carismática cuando no hay comunidad orante.

No es aquí, sin embargo, el lugar para hablar extensamente de lo que son las asambleas o reuniones de oración carismática, ni de todos los elementos que las integran. Para ello consúltense las publicaciones sobre el tema: *Asambleas o Reuniones de Oración*.

Pero en cuanto al tema de los carismas, es útil subrayar que la reunión semanal de oración ofrece una magnífica oportunidad para el ejercicio de algunos carismas. Entre éstos están los mencionados por san Pablo en 1 Co 12, 4-11, a saber: “palabra de sabiduría, palabra de ciencia, fe, carismas de curaciones, milagros, profecía, discernimiento de espíritus, don de lenguas, interpretación de lenguas”.

Los responsables de la comunidad carismática deben exhortar a los participantes a que pidan al Espíritu Santo —además de la fe, esperanza y caridad—, esos dones espirituales, y luego vigilar para que en la comunidad se practiquen habitualmente. Una comunidad en la que no se ejercitan los dones que ha dado el Espíritu, en lugar de crecer, se va apagando en su fervor, entra en la tibieza y puede correr el peligro de desaparecer.

LOS CARIÓMAS Y MINISTERIOS AL SERVICIO DE LA IGLESIA

Esta es una segunda línea. Es el campo de los servicios que una comunidad realiza, ya sea dentro de sí misma, como también hacia fuera, en diferentes sitios, como parroquias, colegios, hospitales, cárceles, grupos de diversas clases, etc.

Los campos y actividades pueden ser muy variados. Permitaseme mencionar, sólo a manera de ejemplo, los siguientes ministerios: dirección de asamblea de oración, enseñanza en la evangelización y catequesis, pastoral litúrgica, oración de sanación e intercesión, pastoral social, pastoral juvenil, pastoral familiar, pastoral de enfermos y de cárceles. Otros ministerios: responsable de eventos, de economía, de orden...

Una comunidad viva de Renovación en el Espíritu es un don de Dios para la Iglesia. Cuando, por una parte, la Renovación toma conciencia de ser Iglesia, y asume su responsabilidad de colaborar en la construcción de la Iglesia; y cuando, por otra, los sacerdotes comprenden la Renovación y le prestan el apoyo que requiere, surgen grupos apostólicos vigorosos que, animados e impulsados por el fuego del Espíritu, renuevan y enriquecen las diferentes líneas de la pastoral de conjunto.

De los tesoros mismos de la Iglesia, la Renovación en la Iglesia puede aportar a ella:

- 1° La frescura y juventud de un cristianismo de primavera, y la alegría comunicativa de quien se sabe hijo de Dios, hermano de Jesús y templo del Espíritu Santo.

- 2° La experiencia del Espíritu y de su acción en los creyentes.
- 3° El gusto por la oración y el amor a la Palabra de Dios en las Escrituras.
- 4° El interés por llevar al curso normal y ordinario de la vida de la Iglesia toda la gama de los carismas del Espíritu.
- 5° Una palabra sobre la reanimación consciente y la revitalización personal de las gracias recibidas en los sacramentos de iniciación, particularmente de la confirmación, “sello del Espíritu”.
- 6° La oportunidad de reuniones de oración espontáneas y libres, en la soberana libertad del Espíritu.
- 7° Un espacio de sencillez y simplicidad, de infancia espiritual, de libertad personal que suaviza nuestro cerebralismo y nuestro exceso de organización.
- 8° Un ambiente fraterno y comunitario que de inmediato invita a participar al que viene por primera vez, y una atmósfera en la cual se comparten experiencias fuertes de vida y una convicción que brota de lo más profundo de la persona.
- 9° Una forma directa y viva de comunicar la palabra evangelizadora.
- 10° Un anhelo compartido de dejarse conducir por el Espíritu Santo hacia la santidad y transformación en Cristo.

CUARTO OBJETIVO

La evangelización en el poder del Espíritu Santo

“Animar la obra de evangelización en el poder del Espíritu Santo, incluyendo la evangelización de quienes no pertenecen a la Iglesia, la re-evangelización de cristianos de nombre, la evangelización de la cultura y de las estructuras sociales”.

“La Renovación promueve especialmente la participación en la misión de la Iglesia, proclamando el evangelio con palabras y obras, y dando testimonio de Jesu-Cristo mediante la vida personal y aquellas obras de fe y justicia a las que cada uno está llamado”.

REFLEXIONES

1. Si la Renovación Carismática es *“un Pentecostés hoy”*, está en consecuencia íntimamente vinculada a la obra de la evangelización. Porque Pentecostés fue como ímpetu de viento huracanado y lenguas como de fuego para proclamar al mundo entero la Buena Nueva del Señor Jesús, muerto y resucitado para nuestra salvación. Pentecostés es el testimonio ardiente y convencido de quienes han visto y oído.

Es impresionante valorar la siguiente realidad: la Renovación, gracias al fuego y al poder del Espíritu, se ha

propagado por los cinco continentes y ha llegado a todos los rincones de la tierra. Ha sido un prodigio de gracia evangelizadora para el mundo, porque la Renovación hace brotar de sus labios, de su alma y de su corazón un grito fundamental: *“¡Jesu-Cristo vive y es el Señor!”*.

2. La Renovación quiere asumir la misión de la Iglesia; y *“evangelizar –escribió el Papa Pablo VI– constituye la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia”* (EN 14).

La Renovación Carismática hace suya la misión de la Iglesia. Y esta misión evangelizadora abraza a todos los hombres: a quienes nunca han oído hablar del Señor Jesús; a quienes, habiendo sido bautizados, son cristianos sólo de nombre; y a quienes son seguidores fieles del Señor, invitándolos a escalar las cumbres de la santidad.

La Renovación desea también llevar la luz del Evangelio a todas las culturas, lo mismo que a las estructuras políticas y sociales.

3. La Renovación quiere proclamar el Evangelio a la manera de Jesús y de los Apóstoles: con palabras y con obras; con el testimonio personal de una vida santa; y mediante el ejercicio de innumerables carismas, que son los instrumentos para realizar aquellas obras de fe o de justicia social a las que cada uno está llamado a su paso por este mundo.

4. La Renovación en el Espíritu, integrada masivamente por laicos, escucha con atención e interés la palabra del Sínodo extraordinario de Obispos: *“La evangelización es el primer oficio no sólo para los obispos, sino también para los presbíteros y diáconos, más aún, para*

todos los fieles cristianos... Se requiere un nuevo esfuerzo en la evangelización y en la catequesis integral y sistemática" (Diciembre, 1985).

5. Finalmente, la Renovación Carismática abre todas sus posibilidades a la invitación que el Papa Juan Pablo II ha hecho a la Iglesia para una "*Evangelización nueva: nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión*" (9-III-1983). Evangelización nueva, no porque la primera se haya ya gastado, sino porque estamos asistiendo al nacimiento de un "*mundo nuevo*" por muchos conceptos; y para un mundo nuevo se requiere una "*evangelización nueva*"; pero para una evangelización nueva es necesario un "*nuevo Pentecostés*". Pues bien, la Renovación quiere vivir ese nuevo Pentecostés para poder realizar su misión evangelizadora en el mundo de hoy.

*“Evangelización Nueva:
nueva en su ardor, en sus metodos,
en su expresion”*

1. En el centro de la Evangelización: “Jesu-Cristo, el Señor”

En el Discurso Inaugural de la Conferencia de Santo Domingo, el 12 de octubre de 1992, el Santo Padre trazó las líneas fundamentales de la Nueva Evangelización.

1º No se trata de un evangelio nuevo

Ante todo, la nueva evangelización no consiste en un “nuevo evangelio”, que surgiera de nosotros mismos, de

nuestra cultura, de nuestros análisis de las necesidades del hombre de hoy. Eso no sería verdadero Evangelio = Buena Noticia, sino mera invención humana, incapaz de obrar la salvación del hombre.

Esta novedad tampoco es rompimiento, ni separación del pasado. A esta “Nueva Evangelización, el Papa la ha llamado también una “renovada evangelización” (México II, 480). “Decimos nuevo –escribía san Gregorio de Nacianzo– cuando algo se llega a comprender de una manera diferente”.

2º CRISTO, mensaje central de la Nueva Evangelización

“*Evangelizar*” es proclamar una Buena Noticia; pero esa Buena Nueva no es solamente una doctrina, ni un conjunto de ideas brillantes, ni siquiera es una manera digna de vivir, sino ante todo es una persona: la persona de ¡JESUS DE NAZARET!, el Verbo de Dios-hecho-carne, el Hijo de Dios; Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, tanto en su dimensión terrestre como en su situación gloriosa de Señor y Cristo.

Esa Buena Nueva “JESUS” fue preparada en el Antiguo Testamento y fue proclamada por el Angel de Dios en Belén: “¡Hoy os ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor!” (Lc 2, 10).

La Nueva Evangelización tiene, pues, como punto de partida, como centro, y como objetivo último: “*anunciar a Cristo*”. En él hay una “*inescrutable riqueza*” (Ef 3, 8) que ninguna cultura, ni ninguna época, ni ningún pueblo pueden agotar, y a la cual podemos siempre acudir para enriquecernos.

Los hombres de cualquier tiempo y de cualquier cultura podemos, acercándonos a él mediante la fe y la in-

corporación a su Cuerpo, que es la Iglesia, hallar respuestas a esas preguntas, siempre antiguas y siempre nuevas, con las que los hombres afrontamos el misterio de nuestra existencia, y que llevamos indeleblemente grabadas en nuestros corazones desde la creación y desde la herida del pecado.

La novedad no afecta al contenido fundamental e inmutable del mensaje evangélico, pues "*Ayer como hoy, Jesu-Cristo es el mismo, y lo será siempre*" (Hb 13, 8). En efecto, "no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios" (Evangelii Nuntiandi, 22).

2. Evangelización "Nueva"

¿En qué podrá consistir, entonces, la novedad de esta Nueva Evangelización? La novedad puede considerarse desde diversos ángulos o bajo diferentes aspectos. Pero queremos sólo atender al momento histórico que vivimos.

Estamos abriéndonos a un nuevo siglo, a un nuevo milenio, a una nueva cultura, a una época de profundas transformaciones a nivel mundial. Y para un "*mundo nuevo*" –lo hemos ya dicho– se requiere una "*evangelización nueva*", que sea acorde con la novedad de un mundo que nace y adecuada a las situaciones que van surgiendo.

Es cuestión de una "renovación", esto es, de poner como nuevo, mediante un cambio profundo, algo ya existente. Se trata de aplicar las palabras de la Escritura:

*“Os daré un corazón nuevo...,
infundiré en vosotros un espíritu nuevo” (Ez 36, 26).*

*“No os acomodéis al mundo presente;
antes bien, transformaos mediante la renovación
de vuestra mente, de forma que podáis distinguir
cuál es la voluntad de Dios:
lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rm 12, 2).*

*“El nos salvó... por el baño del nuevo nacimiento
y de la renovación que obra
el Espíritu Santo...” (Tt 3, 5-7).*

La palabra del Papa: *“Nueva Evangelización: nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión”*, se ha convertido en una consigna básica y ha sido objeto de interpretaciones múltiples, según el punto de vista propio de quien hace la exégesis.

Siendo así, nos parece legítimo, dentro de este pluralismo de sentidos, interpretar el lema del Papa desde la perspectiva de Pentecostés, punto de partida de la primerísima evangelización, y, por tanto, prototipo de toda evangelización.

3. “Nueva en su ardor”

El ardor es fuego, es entusiasmo, es vida, es espíritu, es alegría, es comunicación contagiosa. Este “nuevo ardor” puede ser el renovado fuego del Espíritu Santo, hecho actual.

Es el ardor con el que evangelizó Jesús a partir de su bautismo en el Jordán, cuando el Espíritu Santo vino

y se posó sobre él, y penetró en él, y le infundió dones y carismas de sabiduría, ciencia, poder y fortaleza, para inaugurar su misión de proclamar la venida del Reino de Dios (Mc 1, 15; Lc 4, 1. 14).

Es el ardor que el Espíritu Santo infundió en los Apóstoles el día de Pentecostés para que pudieran iniciar su misión evangelizadora. El Espíritu fue ímpetu de viento huracanado y fuego que les comunicó "*lenguas como de fuego*" para proclamar el testimonio de Jesús hasta los confines de la tierra, con audacia, convicción y con entereza y desbordante alegría aun en medio de las tribulaciones (Hch 1, 8; 2, 1-4; 5, 41).

Ya en el mismo Evangelio podemos encontrar insinuado el ardor de Pentecostés en aquella palabra estimulante de Jesús:

"Fuego he venido a arrojar sobre la tierra, y ¡cómo deseo que ya esté encendido!" (Lc 12, 49).

A propósito del nuevo ardor en la Nueva Evangelización, el papa Juan Pablo II dijo en Santo Domingo:

"Una evangelización nueva en su ardor supone una fe sólida, una caridad pastoral intensa y una recia fidelidad que, bajo la acción del Espíritu, generen una mística, un incontenible entusiasmo en la tarea de anunciar el Evangelio. Es la "parresía" que inflama el corazón del apóstol, y que ha de ser también el sello de vuestro apostolado en América. Nada puede haceros callar, pues sois heraldos de la verdad. La verdad de Cristo ha de iluminar las mentes y los corazones con la activa, incansable y pública proclamación de los valores cristianos" (Discurso Inaugural en Santo Domingo, n. 10).

En algunas ocasiones, refiriéndose al nuevo ardor en la evangelización, el Santo Padre ha mencionado como elemento indispensable la santidad personal: “La evangelización será nueva en su ardor si, a medida que se va brando, corroboráis más y más la unión con Cristo, primer Evangelizador. El tiempo nuevo de evangelización se inicia por la conversión del corazón. Descubrir nuevamente que la vocación cristiana es vocación a la santidad, es la clave del ardor renovado de la Nueva Evangelización. Sentir ardor apostólico significa tener hambre de contagiar a otros la alegría de la fe” (Uruguay, 7 de mayo de 1988).

4. “Nueva en sus métodos”

El “método” es un medio, un camino, un instrumento. Podríamos mencionar muchos métodos, partiendo de diferentes perspectivas; pero queremos fijarnos en un método que utilizó Jesús y que también emplearon los Apóstoles: el uso de las Sagradas Escrituras.

1º El método de Jesús

Entre numerosos métodos a los que se puede acudir, es muy provechoso recordar los “nuevos métodos” que el mismo Jesús utilizó en su evangelización del Reino.

Jesús empleó ciertamente los métodos recibidos de la tradición rabínica, pero lo hizo de manera muy diferente: no como los escribas, sino con autoridad singular, con sabiduría propia, con gran poder, de manera que todos quedaban asombrados (Mc 1, 22. 27; 6, 2). Particularmente, Jesús interpretaba las Escrituras de manera nue-

va y a una luz diferente, aplicándolas con frecuencia a su propia persona (Lc 4, 21; 24, 27, 32; Mt 11, 4-6).

2º El método de los Apóstoles

Después de Jesús, los Apóstoles, para proclamar la Buena Noticia de Jesús, siguieron un método semejante al del Maestro, en dos pasos: a) contaban lo que Jesús había hecho y enseñado; y b) mostraban que las Escrituras: la Ley, los Profetas y los Salmos, hablaban de él y en él se habían cumplido.

3º El uso de la Sagrada Escritura

Un método privilegiado, de eficacia singular, que podemos utilizar en la Nueva Evangelización es: *La Palabra de Dios en la Escritura*. La Biblia, siendo la Palabra misma de Dios, se convierte en un método insustituible para comunicar la fe. Es el método que nos ha dado el mismo Espíritu Santo. Es la carta que el Padre de los Cielos ha escrito amorosamente para sus hijos. Es la palabra misma de Jesús, fuente y manantial de vida eterna. Es la espada fulgurante del Espíritu contra las potencias del Mal (Ef 6, 17).

Y, dentro de ese inmenso e inagotable tesoro de las Escrituras, tanto del AT como del NT, es de importancia capital conocer ante todo el Evangelio y los evangelios. “El Evangelio” es JESUS; y “los evangelios” son los cuatro pequeños libros que nos narran la vida de Jesús: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. En ellos encontraremos a él en persona; allí conoceremos lo que él hizo; allí aprenderemos lo que él enseñó; allí sabremos cómo debemos vivir siendo discípulos suyos.

El Espíritu Santo, que hizo escribir las Escrituras, nos dará luces nuevas para leer, comprender y vivir las divinas Letras: será una lectura nueva y diferente de la Biblia; será una lectura hecha con amor, en oración y con carismas del Espíritu.

4º Todos somos evangelizadores

En su visita a Uruguay (el 7 de mayo de 1988), el Santo Padre, refiriéndose a los nuevos “métodos”, mencionaba como agentes de la Nueva Evangelización, no sólo a los obispos, sacerdotes y religiosos, sino a todos los miembros de la Iglesia, a todos los fieles, bajo la guía de sus pastores.

El Documento de consulta para la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano retomó la idea del Santo Padre, y escribió: “Nuestro trabajo será también nuevo en sus métodos, ante todo por una ampliación de los sujetos evangelizadores, que incluya a todos los miembros del Pueblo de Dios, a diferencia de la primera Evangelización que se concibió con una cierta exclusividad y con una acentuación muy prevalente, como tarea de misioneros religiosos” (n. 253).

5. “Nueva en su expresión”

En Santo Domingo, a propósito de la “Evangelización nueva en su expresión”, el Santo Padre se preguntaba: “¿Cómo hacer accesible, penetrante, válida y profunda la respuesta al hombre de hoy, al hombre latinoamericano, necesitado de Cristo y sediento del Evangelio, sin alterar o modificar en nada el contenido del mensaje evangélico-

co?. ¿cómo llegar al corazón de la cultura que queremos evangelizar?, ¿cómo hablar de Dios en un mundo en el que está presente un proceso creciente de secularización?"

1º Una evangelización novedosa e inculturada

Es necesaria, por tanto, una evangelización novedosa, inculturada en las realidades del mundo moderno. Una evangelización actual que responda a la psicología del hombre de hoy. Una evangelización que atraiga, que entusiasme, por la que valga la pena dar la vida. Una evangelización que, por una parte, ilumine con el Evangelio las culturas y que, por otra, sea capaz de inculturar el Evangelio, encarnándolo en esas culturas, esto es: una evangelización que tome todos aquellos elementos culturales que sirvan para exponer los valores del Evangelio: elementos de las tradiciones étnicas, de la religiosidad popular, del arte nativo, de la música local, de los medios modernos de comunicación social, etc.

2º Una evangelización integral

Una evangelización que mire al hombre integral: en su espíritu, en su alma y en su cuerpo; en su situación concreta, en sus derechos inalienables de ser libre y vivir como hijo de Dios, sin ser esclavo ni del hombre ni del pecado.

3º Una evangelización animada por el precepto del amor

Una evangelización a la manera de la de Jesús, que cause el impacto que él causó. Sobre todo, una evangelización realizada con el mandamiento del amor a Dios y a los hermanos, con la entrega en el servicio, con un

interés muy particular por los pobres y necesitados en cuerpo y alma, recordando las palabras mismas de Jesús:

“En verdad os digo: cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40).

“Nadie tiene mayor amor que aquel que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 13).

O realizando el modelo de la primera comunidad cristiana:

“La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32).

QUINTO OBJETIVO

Un crecimiento progresivo en santidad

“Impulsar el crecimiento progresivo en santidad, a través de la correcta integración de estos dones carismáticos con la vida plena de la Iglesia.

Esto se realiza mediante la participación en una rica vida sacramental y litúrgica, el aprecio por la tradición de la oración y espiritualidad católicas, la progresiva formación en la doctrina católica guiada por el Magisterio de la Iglesia, y la participación en el plan pastoral de la Iglesia”.

REFLEXIONES

Este último objetivo es de importancia capital en la Renovación Carismática. Se trata de un formal *llamamiento a la santidad*, de impulsar un crecimiento progresivo en santidad. Y se señalan los medios principales para realizar ese trabajo espiritual, *de acuerdo a la vida plena de la Iglesia*. En esta forma, la Renovación en el Espíritu se sitúa en el corazón mismo de la Iglesia.

Los medios que enumera el documento son cinco:

- * El uso correcto de los dones carismáticos

De este primer medio se ha tratado ampliamente a propósito del tercer objetivo. Queremos aquí sólo subra-

yar que el ejercicio de los carismas, animado por la virtud teologal del amor-caridad, es fuente de santificación personal. Por ejemplo, quien cumple debidamente con su ministerio de evangelización, de orar por los enfermos, de atender espiritualmente a los hermanos, etc., además de construir con ello el Cuerpo de Cristo, está trabajando eficazmente por su propia santificación.

* La participación en una rica vida sacramental y litúrgica

Este medio no requiere gran explicación. Sabemos, en efecto, que por el sacramento de la reconciliación recuperamos o mantenemos o alimentamos el estado de gracia y nuestra profunda amistad con Dios; y mediante la participación en la Eucaristía recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo, Pan de la Vida, manantial siempre brotante de vida eterna.

* El aprecio por la tradición de la oración y la espiritualidad católicas

La Renovación carismática, caracterizada por una efusión constante de Espíritu Santo, quiere revitalizar la oración de la Iglesia, en sus variadas expresiones; y desea infundir en sus miembros nuevo entusiasmo para vivir las diferentes espiritualidades que, a lo largo de los siglos, el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia: por ejemplo, las espiritualidades agustiniana, benedictina, franciscana, dominica, carmelitana, jesuítica; la espiritualidad francesa del siglo XVII en adelante, la espiritualidad de la Cruz, y todas las espiritualidades de las numerosas Congregaciones, Institutos, Sociedades, etc., que han surgido en los últimos tiempos.

- * La formación progresiva en la doctrina católica guiada por el Magisterio de la Iglesia

En la Renovación carismática se percibe más y más un empeño por conocer la doctrina del Magisterio de la Iglesia, tanto a nivel universal como a nivel nacional y diocesano. Ultimamente, se ha iniciado, en numerosas comunidades de Renovación, un estudio pastoral serio del Catecismo de la Iglesia Católica.

- * La participación en el plan pastoral de la Iglesia

Una tarea importante, sobre la que la Renovación toma más y más conciencia, es su participación efectiva en la pastoral de conjunto de la Iglesia diocesana y parroquial. Sin perder las características propias que le dan su identidad, la Renovación debe poner al servicio de la Iglesia local los carismas con que el Espíritu Santo la ha enriquecido.

El quinto objetivo: “Un crecimiento progresivo en la santidad”, que es como la meta definitiva y final de la Renovación carismática, nos invita a hacer una reflexión especial sobre el:

Llamamiento Universal a la Santidad

1. “¡Sed santos para Mí...!”

Desde los tiempos de la primera Alianza, Dios hacía al Pueblo de Israel una invitación urgente: “¡Sed santos

para mí, porque Yo, el Señor, soy santo; y os he separado de entre los pueblos para que seáis míos!” (Lv 20, 26).

La razón de ser llamados a la santidad es que somos propiedad de Dios y somos de la familia de Dios; por tanto, debemos ser parecidos a El, y El es el Santo, tres veces santo (Is 6, 3).

En el Sermón de la Montaña, Jesús llevó la exhortación a la santidad a la cumbre más insospechada, en aquella palabra que dijo a quienes lo escuchaban: “*¡Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto!*” (Mt 5, 48).

Y los Apóstoles no se cansaron de impulsar a los cristianos a la vida santa: “*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo: por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor*” (Ef 1, 3-4; cf 1 Ts 4, 7; 1 P 1, 15).

2. La voz del Magisterio de la Iglesia

EL CONCILIO VATICANO II

En la *Constitución Lumen Gentium* (Cap. 5, n. 39-42), el Concilio Vaticano II reasumió la doctrina bíblica de la “vocación universal a la santidad”, invitando a todos los cristianos a realizar en la propia vida el llamamiento de Dios a “ser santos”, porque El es santo:

“Creemos que la Iglesia es indefectiblemente santa... Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el

Espíritu Santo es proclamado 'el único Santo', amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cf Ef 5, 25-26), la unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía como los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: '*Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*' (1 Ts 4, 3). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta, y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles" (LG 39).

"El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y a cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que El es iniciador y consumidor: '*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*' (Mt 5, 48). Envió a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf Mc 12, 30) y a amarse mutuamente como Cristo los amó (cf Jn 13, 34). Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y por lo mismo realmente santos... Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad" (LG 40).

LA EXHORTACION APOSTOLICA CHRISTIFIDELIS LAICI"

Esta Exhortación ha consagrado un número central a la vocación de los Laicos a la santidad, titulado justamente: *Llamados a la santidad* (n. 16).

He aquí sus afirmaciones más relevantes:

- “El Concilio Vaticano II ha pronunciado palabras altamente luminosas sobre la vocación universal a la santidad...
 - Esta consigna no es una simple exhortación moral, sino una insuprimible exigencia del misterio de la Iglesia...
 - El Espíritu que santificó la naturaleza humana de Jesús en el seno virginal de María (Lc 1, 35), es el mismo Espíritu que vive y actúa en la Iglesia, con el fin de comunicarle la santidad del Hijo de Dios hecho hombre...
- Hoy tenemos una gran necesidad de santos, que hemos de implorar asiduamente a Dios...
- Los fieles laicos están llamados, a pleno título, a esta común vocación, sin ninguna diferencia respecto de los demás miembros de la Iglesia...
 - La vocación a la santidad hunde sus raíces en el Bautismo y se pone de nuevo ante nuestros ojos en los demás sacramentos, principalmente en la Eucaristía.
 - Revestidos de Jesu-Cristo y saciados por su Espíritu, los cristianos son “santos”, y por eso quedan capacitados y comprometidos a manifestar la santidad de su ser en la santidad de todo su obrar”.

He aquí expuesta, con toda claridad, la vocación de los laicos a la santidad en el mundo actual y en el hoy de nuestra historia. La frase: "*La vocación a la santidad hunde sus raíces en el Bautismo*", es una afirmación de primera importancia. Del sacramento fundamental de la vida cristiana surge el llamamiento universal para ser santos.

3. ¿En qué consiste la santidad?

La última frase del n. 40 de *Lumen Gentium* es clave: en ella se encuentra la definición de la santidad. Esta consiste "*en la plenitud de la vida cristiana y en la perfección de la caridad*".

En otros términos, la santidad consiste en llevar a plenitud la vida de Cristo que nos ha sido comunicada por el Espíritu Santo en el bautismo, y en practicar los preceptos supremos del amor (Jn 3, 5; Ti 3, 5; Mc 12, 30; Jn 13, 34).

Todo esto equivale a decir: la santidad consiste en ser como Jesús, en "*ser transformados más y más en Cristo, bajo la acción santificadora del Espíritu Santo*".

El ideal nos lo propone el Nuevo Testamento. Los textos son numerosos:

SAN JUAN

"El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y Yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí" (Jn 6, 56-57).

*“Permaneced en mí como yo en vosotros...
Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.
El que permanece en mí y Yo en él,
ése da mucho fruto; porque sin Mí
nada podéis hacer” (Jn 15, 4-5).*

*“Como tú, Padre, en mí, y yo en ti,
que ellos también sean uno en nosotros...
Yo en ellos y tú en mí,
para que sean perfectamente uno” (Jn 17, 21. 23).*

Estos textos hablan con una profundidad inalcanzable. Se vislumbra lo que quieren decir. Pero, ¿se llegará acaso a comprenderlos sobre la tierra? Juan habla no sólo de unión y de comunión, sino de “unidad”: ser uno. Estos textos nos hunden en el misterio del Dios uno y trino.

SAN PABLO:

*“A los que de antemano conoció,
también los predestinó a reproducir la imagen
de su Hijo, para que fuera él el primogénito
entre muchos hermanos...” (Rm 8, 29).*

*“Mas todos nosotros que con el rostro descubierto
reflejamos como espejo la gloria del Señor,
nos vamos transformando en esa misma imagen,
cada vez más gloriosos: es así como actúa el Señor
que es Espíritu” (2 Co 3, 18).*

*“He muerto a la Ley a fin de vivir para Dios.
Con Cristo estoy crucificado.
Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí.
Pero mientras ahora vivo en carne, vivo en la fe,
en la fe del Hijo de Dios que me amó
y se entregó por mí” (Ga 2, 19-20).*

La línea del pensamiento del Apóstol Pablo está impregnada de dinamismo, como de quien corre intensamente por alcanzar un objetivo; y ése es Cristo crucificado y resucitado.

4. El Espíritu Santo, autor de nuestra transformación en Cristo

La santidad es el resultado de muchos principios dinámicos que Dios nos ha regalado por Jesús en el Espíritu Santo (1 Co 1, 5; 6, 11). Es el fruto de la vida divina en nosotros: del ejercicio de la fe, la esperanza y el amor; de la práctica de las demás virtudes cristianas, y de la actividad de los dones espirituales, llamados carismas.

Pero la ley y el alma de ese dinamismo operante es el Espíritu Santo. El es “la ley interior” que organiza todos los elementos que entran en actividad, y él es el alma que les comunica vida (Rm 5, 1-5; 8, 2; 1 P 1, 2).

Esta santidad es la obra calificada del Espíritu que reproduce en nosotros la imagen de Cristo, el Primogénito entre muchos hermanos, para gloria y alabanza de Dios Padre (cf Rm 8, 29; Flp 1, 11).

Dios Padre obró la encarnación de su Hijo con la fuerza de su Espíritu (Lc 1, 35); y también nos hace sus hijos mediante la acción soberana del Espíritu Santo (Jn 3, 5; 1 Co 6, 11). Y ese Espíritu divino permanece en nosotros como en su santuario propio, desarrollando y desplegando continuamente su acción santificadora (2 Co 1, 21-22; Ga 5, 16. 18. 25; Rm 8d, 16; Ef 1, 13-14; 4, 30).

5. Nuestra santidad tiene una doble dirección

La santidad es dinamismo vertical hacia lo Alto, hacia Arriba, hacia Dios; y es entrega y compromiso en línea horizontal hacia nuestros hermanos. La razón de esta realidad es muy profunda, y la encontramos en la Palabra de Dios, transmitida a través de los siglos por la Tradición viva de la Iglesia (LG 42a):

“Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él” (1 Jn 4, 16). Y *“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”* (Rm 5, 5). Por consiguiente, el primero y absolutamente necesario don es la caridad, con la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Él. El amor, como vínculo de la perfección y plenitud de la Ley, rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin (Col 3, 14; Rm 13, 10).

1º Nuestra santificación está en nuestra unión con Dios, en el cumplimiento del precepto supremo: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas...”*. Así lo amó Jesús. En el amor al Padre, él es nuestro modelo. Jesús no amó a su Padre solamente amándonos a nosotros, sino que lo amó por él mismo. Y porque amaba a su Padre, nos amó a nosotros y se entregó por nosotros: *“Para que sepa el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado: ‘¡Levantaos; vámonos de aquí!’”* (Jn 14, 31).

2º Nuestra santificación está en el ejercicio del precepto del amor a nuestros hermanos (Jn 13, 34-35; 15, 12. 17; 1 Jn 2, 8). No puede haber amor auténtico a Dios

si no hay amor efectivo hacia nuestro prójimo. El amor al hermano es el signo que manifiesta el amor a Dios (cf 1 Jn 4, 20).

Y aquí entra de lleno el ejercicio de las virtudes y de los carisma que el Espíritu Santo pone en nosotros para construir y edificar el Pueblo de Dios, la Iglesia-Cuerpo de Cristo. Nos santificamos, ejercitando en fe operante, en esperanza viva y en ardiente caridad, los dones del Espíritu, puestos en nosotros para el bien común (1 Co 12, 7, 11; 14, 12).

Para san Pablo, el amor es como la gran vía, el camino ancho, la autopista, por donde deben transitar como vehículos los carismas del Espíritu. Sin autopista adecuada, los vehículos no pueden correr; pero, por otra parte, la vía requiere de los vehículos (que son los carismas) para cumplir el objetivo y la finalidad de su construcción (1 Co 13).

3º El precepto del amor a Dios y del amor al prójimo exige una continua conversión al Señor; y la conversión tiene siempre dos movimientos: uno de separación, otro de acercamiento para alcanzar lo que ardientemente se busca.

La exhortación que se lee en la epístola a los Colosenses nos describe admirablemente los dos movimientos: Aquello que debe dejar el hombre (Col 3, 5-9); y aquello de lo que se debe revestir (Col 3, 10-15). Este texto, palabra de Dios, es todo un programa de trabajo espiritual una tarea de santificación, un ejercicio de amor a Dios y al prójimo:

- a) *“Despojaos del hombre viejo con sus obras. Mortificad vuestros miembros terrenos: fornicación,*

impureza, pasiones, malos deseos, y la codicia, que es una idolatría. Desechad también la cólera, la ira, la maldad, la maledicencia y las palabras groseras. No os mintáis unos a otros”.

- b) *“Revestos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador... Revestíos, como elegidos de Dios, santos y amados, de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia; soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente... Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados, formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos”.*

6. Algunos medios privilegiados de santificación

Situada en el corazón de la Iglesia, la Renovación carismática se beneficia de todos sus medios de santificación; pero por ahora queremos resaltar tres medios privilegiados: la Palabra de Dios en la Escritura, la sagrada Eucaristía y la oración personal.

LA PALABRA DE DIOS EN LA ESCRITURA

Es un hecho reconocido que una de las características de la Renovación es el amor por la Palabra de Dios en la Biblia. Este interés por alimentarse de la Sagrada Escritura es verdaderamente un regalo del Espíritu, ya que, recogiendo testimonios tanto de los Profetas y de

los Sabios del AT, como de Jesús y de los Apóstoles en el NT, la Palabra de Dios, ya sea escrita como proclamada, aparece con una impresionante riqueza de matices.

Ante todo, es "verdadera palabra de Dios" (1 Ts 2, 13) y luego es: creadora, viva, vivificante, eficaz, operante, interpeladora, justiciera, penetrante, iluminadora, fecunda, perenne, gloriosa; portadora de fuerza y de poder, demostración del Espíritu de Dios, fuente de sabiduría divina, manantial de vida eterna, comunicadora de espíritu y verdad, principio de felicidad, mensajera de paz; purificadora, santificadora, permanente, generadora de vida nueva, liberadora, consoladora, garantía de salvación, anunciadora de eternidad (cf Gn 1, 3; Is 6, 3-10; 40, 9; 52, 7; 55, 10-11; Jr 1, 7-8. 18-19; 20, 9; Mi 3, 8; Sal 119; Pr 8; Eclo 24; Sab 7-8; Mt 13, 16-17; Jn 1, 1-3; 6, 37-40. 63; 12, 48-50; 15, 3; 17, 17; Rm 1, 16; 15, 4; 1 Co 1, 18. 23-24; 2, 4-5; 2 Co 5, 18-21; 1 Ts 2, 13; 2 Ts 3, 1; Hb 4, 12-13; St 1, 18. 21-25; 1 P 1, 23-25).

LA SAGRADA EUCARISTIA

Nacida en la Iglesia y de la Iglesia, la Renovación carismática reconoce y siente la celebración de la Eucaristía como el momento cumbre para glorificar a Dios-Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo.

En la celebración eucarística hay dos momentos privilegiados de santificación y de transformación en Cristo: el de la consagración del pan y del vino, y el de la comunión.

En el primero, el cristiano se une, al impulso del Espíritu Santo, para ofrecerse al Padre en unión con Cristo como víctima de alabanza, de expiación, de alianza, de

acción de gracias, diciendo: “*¡Este es mi cuerpo! ¡Esta es mi sangre!*”.

En el segundo, el corazón del creyente se convierte en el antuario de Cristo glorificado, de quien, como de fuente inagotable, brota el Espíritu Santo. El primer regalo que Jesús hace en la comunión es la comunicación del Don por excelencia de Dios: su Espíritu divino. En ese momento Cristo nos bautiza con su Espíritu, nos unge con su Espíritu, nos envuelve con la luz de su Espíritu, nos santifica y consagra con su Espíritu. Y al instante, el Espíritu Santo, por su parte, nos comunica vida eterna, derrama en nosotros el amor del Padre, y con su acción divina nos va transformando en la imagen de Jesús (cf 2 Co 3, 18).

LA ORACION PERSONAL

Además de la oración comunitaria en la asamblea semanal, la Renovación se caracteriza por su aprecio por la oración personal.

La oración es un medio insustituible de santidad. Cristo fue el hombre de la oración, del contacto íntimo y constante con el Padre. Él dijo: “*Es preciso orar siempre*” (Lc 18, 1). Hay una conexión tal entre la oración y la santidad, que no puede existir la una sin la otra.

En la oración –principalmente ante el Sagrario, donde está Jesús presente de manera singular–, el hombre de fe entra en comunión directa con Dios Padre, con el Hijo Cristo Jesús y con el Espíritu Santo. Y el contacto con Dios santo siempre santifica. Orar es unirse íntimamente a Dios con el entendimiento y la voluntad, haciéndose un solo espíritu con él, mediante la fe y el amor.

Una comparación basta para poner de manifiesto la eficacia de la oración ante el Sagrario, aun en medio de la más grande aridez espiritual: si me pongo bajo el sol, me caliento; si me pongo al agua, me mojo; si me envuelvo en el hielo, me congelo: ¿no pasará por ventura algo importante en mi vida si con fe, sencillez, sinceridad, humildad, entrega y constancia, me postro ante Jesús-Eucaristía para recibir su influjo de vida eterna?

Pero, ¿qué hacer si no hemos experimentado el gusto por la oración o lo hubiésemos perdido? Su Santidad Pablo VI, en una Exhortación Apostólica a los Religiosos, les manifestaba un secreto para volver a encontrar el amor por la oración: “Si hubierais perdido el gusto por la oración –escribía– sentiríais nuevamente el deseo de ella poniéndoos humildemente a orar” (Evangelica Testificatio 42).

Y S.S. Juan Pablo II decía en Viedma, Argentina, el 7 de abril de 1987: “¡Sed hombres y mujeres de oración... Dedicad todos los días algún tiempo de vuestra jornada a conversar con Dios como prueba sincera de que lo amáis, pues el amor busca siempre la cercanía del ser amado. Por eso, la oración debe ir antes que todo; quien no lo entienda así, quien no lo practique, no puede excusarse en la falta de tiempo: lo que le falta es amor”.

CONCLUSION

San Juan de la Cruz tiene una espléndida página en su Cántico Espiritual (Canción 39), en la que, después de describir la grandeza y belleza de “la transformación que el alma tiene en esta vida, pasando la misma aspiración de Dios al alma y del alma a Dios con mucha frecuencia, con subidísimo deleite de amor en el alma”, termina el Santo con este apóstrofe:

“¡Oh, almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!. ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis? ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma; pues para tanta luz estáis ciegos, y para tan grandes voces sordos!”.

¡Animo, pues, hermanos de la Renovación! Que no corra más el tiempo sagrado de nuestra peregrinación en este mundo. “*¡Aprovechemos bien el tiempo presente!*” (Col 4, 5; Ef 5, 16), que es un día de salvación.

Recordemos que a cada uno de nosotros se puede aplicar, mediante una relectura sana, la palabra del profeta Jeremías: “*Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía; y antes de que nacieses, te tenía consagrado...*” (Jr 1, 5; Ga 1, 15).

Cada uno de nosotros, en virtud de nuestro sacerdocio bautismal, lleva espiritualmente en su frente, a la manera de Aarón, una lámina de oro puro y en ella grabada, como se graban los sellos, esta inscripción: “*¡Consagrado al Señor!*” (Ex 28, 36).

Acerquémonos con fe viva a Jesús e imploramos su gracia: con la fe grande de la cananea, que arrancó de Jesús un prodigio; y con la fe actuante de Zaqueo, para

quien llegó la salvación aquel día de la visita de Jesús (Mt 15, 28; Lc 19, 9-10).

Invoquemos al Espíritu Santo, Fuerza de Dios, Luz de Dios, Santidad de Dios, para que nos llene de su presencia. Hagamos caso a la invitación del Apóstol que gritaba a los efesios: *“¡Llenaos de Espíritu Santo!”*, de su presencia santificadora y carismática (cf Ef 5, 18).

“Y que El, el Dios de la paz, os santifique plenamente; y que todo vuestro ser: el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida de nuestro Señor Jesu-Cristo. Fiel es quien os llama; él mismo lo hará”
(1 Ts 5, 23-25).

*¡Santo eres, en verdad, oh Padre,
fuente de toda santidad:
santifícanos con la efusión de tu Espíritu,
a fin de ser transformados en imágenes vivas
de Cristo Jesús, Sacerdote y Víctima,
para gloria y alabanza de tu Nombre,
por los siglos de los siglos!
Amén.*

INDICE

PRESENTACION: El porqué de este libro.....	5
--	---

Primera Parte:

DOCUMENTO

I. La Renovación Carismática	9
II. Consejo y Servicio Internacional	13

Segunda Parte:

COMENTARIOS

I. Qué no es la Renovación Carismática Católica	17
II. Qué es la Renovación Carismática	21
III. Renovación Carismática Católica, Renovación Pentecostal Católica	25
IV. Experiencia Fundamental y Objetivos de la Renovación Carismática	29
Primer Objetivo: Una conversión personal a Jesu-Cristo	31
Segundo Objetivo: Una apertura decisiva al Espíritu Santo	33
La Experiencia Fundamental: “Un bautismo en el Espíritu Santo”	36

Tercer Objetivo: Los Carismas del Espfritu Santo	49
Cuarto Objetivo: La evangelización en el poder del Espfritu Santo	72
Quinto Objetivo: Un crecimiento progresivo en santidad	84
CONCLUSION	101

